

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

1929

Sábado 16 de Marzo

Núm. 11

SUMARIO

La libertad religiosa.....	Luis de Zulueta
El abuso del empréstito externo.....	Haya de la Torre
Carta al Presidente de Panamá.....	Omar Dengo
Los primeros días.....	A. Nieto Caballero
La muerte de un maestro.....	César E. Arroyo
Cuando murió Rubén.....	Gabriela Mistral
Tiene sesenta años Selma Lagerlöf.....	Aristarco
Rotarismo, filisteísmo.....	Carlos Vicuña
Condolencia.....	

El gobierno de Cuba distingue al poeta Santiago Argüello.....	Flor de Te
Poesías.....	José Pijóán
Hacia el gobierno de los técnicos.....	
Tablero (1929).....	A. H. Pallás
De traje franciscano vistámonos, ahora.....	Claudia Lars
Estos sencillos cantares.....	
La Edad de Oro:	
El entremés del figonero que quiso cobrarse el humo.....	Julio Fingerit

EL CENTENARIO DE LESSING

La libertad religiosa

=De El Sol, Madrid=



No sólo en Alemania, sino en el orbe culto, se conmemora hoy el segundo centenario del nacimiento de Lessing. El gran escritor vió la luz, en efecto, el 22 de enero de 1729 en la pequeña villa sajona de Kamenz.

Fué Lessing un admirable polígrafo. Descolló en la poesía y en la prosa, en la comedia y en la tragedia, en la pedagogía y en la estética, en las bellas letras y en la filosofía y la teología. Pero su nombre encarna sobre todo el amor a la libertad de conciencia. En aquella vieja Alemania, la «Alemania de los poetas y los pensadores», Lessing fué el pensador y el poeta de la libertad religiosa.

En él se condensa la luz más pura de aquella «época de las luces». Resulta, si no el genio más alto, por lo menos la personalidad más característica, el espíritu más noblemente «humano» de aquel período de Humanismo.

Es todo un período, que inicia Locke escribiendo en la hospitalaria Holanda sus *Cartas sobre la tolerancia*. Todavía ochenta años después, con motivo del suplicio de Juan Calas, víctima del fanatismo, el anciano Voltaire, desde su retiro, ha de redactar su famoso *Tratado sobre la tolerancia*. Tolerancia, tolerancia... Pocos años más tarde culminan esas ideas en un drama de Lessing, quien predica en los hermosos versos de *Nathán el Sabio* el respeto a todas las confesiones, la libertad de todas las creencias, la fraternidad de todos los hombres, razas y pueblos.

Ese período que abrió Locke se cierra al fin... Pero ¿es que ha sido ya cerrado? En la Historia, cerrar equivale a superar. ¿Es que, por ventura han sido sobrepasadas las amplias ideas de Lessing? Si ahora, con ocasión del centenario, el juicio Nathán apareciese en nuestra escena, sus razones no escandalizarían menos de lo que hace siglo y medio escandalizaron. Y aún las *Cartas sobre la tolerancia*, *El tratado sobre la tolerancia*..., tolerancia..., tolerancia..., tendrían una actualidad palpante.

Lessing era un creyente, un cristiano. Anhelaba el día en que los hombres de las diversas confesiones se uniesen, por encima de ellas, en un abrazo fraternal. Mas ese día de la concordia no había de llegar por una escéptica atenuación de la fe religiosa, sino, al contrario, cuando la fe religiosa aumentara, se acrisolara, alcanzando toda su pureza y elevación. No supondría menos religiosidad, sino más religiosidad.

En sentir de Lessing, la esencia superior de la religión no es lo que nos divide, y menos lo que nos enemista, sino cabalmente lo que

a todos los hombres nos une como hermanos bajo la común paternidad de Dios. De Dios, al que, aun por distintos caminos, todos buscan. De Dios, al que, aun sin saberlo, aman todas las almas buenas. «Consoladora me parece la doctrina — dice Nathán — de que nuestro amor, nuestra entrega a la Divinidad, no depende de las opiniones más o menos erróneas que sobre la Divinidad nos formemos».

Dos siglos se cumplen ahora, este 22 de enero. Los oscuros tejados de la humilde ciudad de Ka-

menz, perdida allá en el corazón de Germania, estarían blancos de nieve, lo mismo que los abetos de los próximos bosques. El niño Gotthold Ephraim Lessing nació en una honrada casa eclesiástica, entre los tomos de la Biblia y los volúmenes de libre crítica. Su padre era un diácono evangélico; su madre, hija de otro pastor protestante. Los antepasados de Lessing fueron casi todos clérigos; casi todos, liberales. Su padre defendió la libertad de opinión; su abuelo se graduó de doctor con una tesis sobre la tolerancia de todas las religiones.

Se conserva un encantador retrato de Lessing niño, rodeado de gruesos volúmenes y con un libro abierto sobre las rodillas. Por encima de las páginas, como hace notar Franz Bornmüller en su edición de las obras de este autor, el muchacho parece contemplar el mundo con sus grandes ojos azules... Eso fué siempre: un erudito; pero, más que un erudito, un hombre.

Sus padres lo destinaban probablemente al sacerdocio. El joven Lessing estudió más tarde la Medicina; al cabo, siguió su auténtica vocación de escritor. «No vuelvo a casa—manifestaba desde Berlín—; no vuelvo tampoco a la Universidad... Iré seguramente a Viena, Hamburgo o Hannover... Si otra cosa no aprendo en mis viajes, aprenderé a vivir en el mundo...»

Prontó demostró su singular talento literario. Mas con los años fué aumentando en capacidad. Entre los treinta y los treinta y cinco, en Bresláu, concibió dos de sus mejores obras. Una, la bella comedia *Minna von Barnhelm*; otra, el *Laocoonte*, su admirable estudio sobre los límites entre la pintura y la poesía. Con la primera de esas obras puede decirse que Lessing funda el moderno teatro alemán; con la segunda inicia la moderna estética.

Unos años después estrenaba su famosa tragedia *Emilia Galotti*. Los contemporáneos le compararon

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

con Shakespeare. En *Emilia Galotti* se renueva, en el ambiente de una corte italiana de fines del siglo XVII, el cruento sacrificio de Virginia. El padre mata a la hija por salvar su honor de doncella. El honor vale más que la vida. A través de los siglos, esta afirmación vibra con patética intensidad.

Pero en *Emilia Galotti* la tragedia se desenvuelve en una atmósfera de intelectual elegancia. Ya, al descorrerse la cortina, la conversación entre el príncipe Gonzaga y el pintor Conti esboza un resumen de espiritual estética...

«Y sin embargo—dice el artista, no satisfecho de su obra—, yo estoy contento de ese descontento mío... ¡Ah! ¿Por qué no podemos pintar directamente con los ojos...? Lamenta Conti todo lo que se pierde desde el ojo al pincel, desde la visión de belleza a la realización técnica. Pero yo estoy más orgulloso de eso que he perdido que de todo aquello que he logrado ejecutar. Porque en lo primero, más que en esto otro, conozco que efectivamente soy un gran pintor, aunque a veces la mano me falle... ¿O creéis, príncipe, que Rafael no habría sido el mayor genio de la pintura si hubiera nacido sin manos?...»

Pero la obra maestra de Lessing es *Nathán el Sabio*. Fruto de madurez, labor de plenitud. El autor, próximo ya a los cincuenta años, llega, a la vez que a la cima de la vida, a la cumbre de su arte.

Se hallaba entonces enzarzado en una polémica teológica con el clérigo Goeze, representante del más estrecho fanatismo, cuando intervino el Gobierno de Brunsvig prohibiendo a Lessing expresar libremente sus ideas. Renunció a la discusión y dió a esas mismas ideas la poética forma de un cuento dramático, *Nathán el Sabio*, envuelto en una atmósfera de oriental fantasía. «Quiero ver, si, por lo menos, me dejan predicar sin estorbos en el teatro, mi antiguo púlpito».

El *Nathán* es una apología de la tolerancia entre todas las confesiones y un cántico a la pura religión del amor, de la verdad y del espíritu. Durante el siglo XIX se ha representado en Alemania y fuera de ella, con aplauso de católicos, protestantes e israelitas. En 1842 se estrenó en Constantinopla, donde un público culto de musulmanes y cristianos orientales lo acogió con extraordinario entusiasmo. «¡Y ojalá—cual Goethe exclama, refiriéndose a este drama—que la celeste emoción que en él se respira perdure siempre como un sentimiento precioso y sagrado!...»

Lessing murió en 1781. Gran humanista, no sólo procuró que no le fuera ajeno nada humano, sino que se esforzó en elevarse,

siquiera con el anhelo, hasta la región de lo divino. Cabrá discutir el concepto de la religión sustentado por él en su obra y en su vida. Pero no podrá negarse que toda su vida y toda su obra están impregnadas de religiosidad. La religión era en él como un tono sacro que envolvía sus palabras y sus acciones. Podría apli-

cársele la frase de Recha en el *Nathán*: «Donde quiera que estuviese estaba delante de Dios».

* * *

La escena central de *Nathán el Sabio* es el famoso cuento de los tres anillos, recogido ya por Boccaccio en su *Decameron*.

Nathán, en el drama de Lessing,

Entre buenas amigas

Decididamente he encontrado el mejor medio de hacer mis compras, decía una señora a sus amigas.

No tienen Uds. más que ir a la **Tiendita**, que es la tienda de confianza para Señoras, y pedir una acción del Club que se está formando y les dará toda clase de facilidades.

Las mercaderías las renuevan constantemente y los precios, muy ventajosos. Si Uds. quieren las mercaderías, yo las recomiendo y así pueden retirar desde la primera cuota que pagan.

Rep. Am.....	₡ 25
José Guerrero.....	25
Octavio Jiménez.....	25
Alejandro Alvarado Quirós.....	25
Carmen Lyra.....	5
J. J. Salas Pérez.....	25
Angela B. de Guerra.....	25
Tomás Soley Güell.....	25
Jorge Ortiz E.....	25
José A. Prada.....	10
Víctor Cordero B.....	5
José María Zeledón Brenes.....	25
Carlos M. González.....	5
Manuel Obando.....	25
Rogelio Sotela.....	10
Eduardo Carrillo.....	10
Ramón Zelaya.....	25
X X.....	20
Rafael Eduarte.....	10
Dr. Herdocia.....	25
Francisco Montagne.....	5
Leovigildo Arias.....	5
Alberto Moreno Cañas.....	15
Didíma Sánchez.....	5
A. Boza Cano.....	25
Escuela Mercantil Manuel Aragón.....	25
Sr. M. B.....	50
Mario Fernández.....	5
Tomás Arias hijo.....	10
Oficina de Propaganda Catalana.....	5
Alberto Cortés S.....	2
Julia de Somarribas.....	5
Rafael Meoño.....	5
Emilio Artavla.....	20
Dr. Rubén Umaña.....	25
Carmen Mía. Luque.....	25

₡ 607

es un judío de Jerusalén en la época de las Cruzadas, quien tiene fama de ser tan sabio como rico. El sultán Saladino le manda llamar porque necesitando de sus riquezas, quiere comprometerlo poniendo a prueba su sabiduría. «¿Cuál de las tres leyes—le pregunta—, la musulmana, la judía o la cristiana, consideras tú que es la mejor?»

Pero el anciano Nathán vacila. ¿Quiéren confiscarle no sólo sus monedas, sino también la verdad? No puede en su respuesta elegir la fe de Mahoma sin negarse a sí mismo, ni puede preferir la fe de Moisés sin ofender al sultán, acusándole implícitamente de impiedad. Elude el problema contestando con una parábola: «Allá en aquellos tiempos vivía un hombre de Oriente...»

Ese hombre de Oriente poseía un anillo cuya piedra, un ópalo maravilloso, tenía la virtud de hacer a quien lo llevara grato a Dios y a los hombres. El anillo pasó de generación en generación, y su propietario por la fuerza de la preciosa gema, era siempre considerado como jefe de la familia. Hasta que llegó a manos de un padre, que teniendo tres hijos y amándolos con igual afecto, hizo fabricar otros dos anillos tan semejantes al auténtico, que el propio orífice no los podía ya distinguir. En secreto, a cada hijo le dió su anillo con la postrera bendición. Muerto el hombre, pleitearon los tres hermanos y cada uno de ellos pretendía ser el elegido, pues no podía dudar de un padre que nunca le engañó, o que si le engañó fué siempre por su bien... «¿Cómo no voy a creer en mi padre lo mismo que tú, sultán, crees en el tuyo?...»

Los tres hermanos comparecieron ante el juez. «¿No pretendéis—les dijo éste—que el verdadero anillo confiere a quien lo lleva el amor de Dios y de los hombres...? Pues bien: ¿a quién de vosotros aman más los restantes hermanos?... ¿Calláis?... Cada uno ¿se ama sólo a sí mismo?... ¿Quién sabe, entonces, si el primitivo anillo se perdió y vosotros sois todos engañadores engañados!... Pero si en vez de una sentencia queréis un consejo, mi consejo es éste: ¡Id en paz!... Crea cada cual en su anillo como en su padre y procure que la virtud de la piedra preciosa se manifieste en el cariño fraterno, en la dulzura, en las buenas obras, en la íntima piedad... Y cuando después de miles y miles de años el espiritual resplandor del anillo se haya mostrado en los hijos de vuestros hijos, yo os convoco de nuevo ante el tribunal. Otro juez más sabio se sentará en él y acaso también os diga: «¡Id en paz!...»

—Si ahora tú, Saladino—conclu-

ye el prudente Nathán—, crees ser el juez profetizado...

—¿Yo, polvo de la tierra?...—interrumpe el sultán estrechando la mano del judío—. ¿Yo nada? ¡Oh Dios!... Nathán, querido Nathán, los millares de años de tu juez no se han cumplido todavía. Su tribunal no es el mío. ¡Ve en paz!... Pero sé mi amigo.

Al final del drama, los personajes se sienten unidos en estrecho parentesco. La ahijada de Nathán resulta ser sobrina del sultán Saladino y hermana del Templario cristiano. De esta suerte, cristianos, mahometanos y judíos se hallan simbólicamente enlazados en una misma familia.

* * *

Alma sedienta de infinito, Le-

ssing no quiere el reposo, sino el anhelo; no el poseer, sino el buscar. Busca ardientemente la verdad, busca el bien, busca a Dios. ¿Quién pretenderá poseerlos?

«El hombre vale no por la verdad que posee o cree poseer—dice en su *Dúplica* contra Melchor Goeze—, sino por el sincero esfuerzo que pone en acercarse a ella. Porque no en la posesión, sino en la investigación de la verdad se desarrollan nuestras energías espirituales, fuente del progresivo perfeccionamiento humano...!

Y en ese mismo escrito formula Lessing aquel pensamiento inolvidable: «Si Dios encerrase en su mano derecha toda la verdad, y en su mano izquierda el ansia siempre despierta de la verdad, aún

con la condición de errar constantemente, y me dijera: «¡Elige!... yo me postraría humilde bajo su mano izquierda exclamando: ¡Dame, Padre; porque la pura verdad es para Ti solo!»

Lessing busca, aun sin encontrar, y cuando encuentra, sigue buscando todavía. El hombre se define por su ideal; pero el ideal no es una meta, no es un límite, sino una ilimitada ascensión. Toda la ciencia en Lessing es amor a la ciencia; todo su arte, amor a la belleza; toda su religión es amor, eterno amor.

Toda la teología de Lessing, con haber estudiado mucho tan alta

disciplina, podría resumirse en unas pocas palabras que San Jerónimo atribuye a San Juan Evangelista cuando éste, rendido por la extrema senectud, vivía en Efeso y tenía que ser conducido a la iglesia en brazos de sus discípulos. Sin fuerzas casi para hablar, el apóstol no hacía más que repetir la misma frase: «¡Hijitos, amaos unos a otros!...» Hartos, al fin, de oírlo, preguntáronle los fieles por qué reiteraba siempre las mismas palabras. «Porque éste es precepto divino» respondió el anciano maestro—, y si éste solo se cumple, ya es bastante.»

Luis de Zulueta

El abuso del empréstito externo

=Editorial de *La Prensa*, Buenos Aires=

EN el discurso pronunciado en Chile por Mr. H. Hoover, actualmente ilustre huésped de la Argentina, expresó algunos juicios sobre política económica y sobre finanzas que conviene comentar y recoger como buenas enseñanzas.

Entre otras cosas habló sobre empréstitos y se expresó así:

«La política de buscar capitales en el extranjero seguida por gobiernos o entidades, cuyos aportes se *destinan únicamente a trabajos muy productivos*, constituye una norma de conducta que bien podría ser adoptada por el mundo entero.

»Destinados los capitales a servir al desarrollo de las obras públicas, al fomento de los medios de transporte y de comunicaciones y para ser aplicados también a extraer recursos de las riquezas naturales del país, ya sean agrícolas o minerales, tales operaciones benefician altamente tanto al que facilita los medios materiales para poder llegar a ese fin, cuanto al que los ha solicitado. Con ellos se crea riqueza mediante la cual se satisfacen las obligaciones que origina todo empréstito.

»Esta política económica aumenta considerablemente la ocupación de los habitantes del país, elevando la calidad y la cantidad de los medios de vida.

»Usado para cualquier otro propósito el capital extranjero es un peso muerto que gravita sobre el pueblo que lo ha solicitado.»

El señor Hoover, con su característica elevación intelectual y moral, ha querido difundir entre estos pueblos necesitados de la ayuda del capital de fuera, sanos conceptos, que bien comprendidos y seguidos, prevendrán errores en que incurren con frecuencia sus administraciones. En esta clase de errores persisten también las administraciones argentinas, las cuales, a pesar de nuestra prédica, todavía no se rinden a la evidencia del concepto de que el capital extranjero empleado en cualquier otro objeto que no sea en «trabajos muy productivos» constituye un peso «muerto» que gravita sobre la Nación.

Los gobiernos provinciales a menudo

cohonestan su conducta con el mal ejemplo del gobierno nacional, que para disimular que hace empréstitos destinados a cubrir déficit, incluye en el presupuesto extraordinario una veintena de millones de pesos en créditos que corresponden al presupuesto ordinario.

Pero el gobierno nacional cubre esos déficit con deuda contraída en el país, en tanto que algunas provincias, a la cabeza de las cuales han venido a colocarse Buenos Aires y Córdoba, realizan *empréstitos externos para cubrir déficit*.

Y, además, de persistir en ese grave error, pretenden, de perfecto acuerdo en ese falso concepto con la administración nacional, que es bueno el empréstito externo cuando su destino es una obra pública, y sin considerar si es *muy productiva*, según el buen consejo del señor Hoover.

Por obra muy productiva, ha de entenderse la que traerá consigo un aumento de riqueza y que permite cubrir holgadamente con la parte de ese aumento correspondiente al Estado, los servicios del empréstito. Por lo tanto, no son tales *obras productivas* las que no han sido estudiadas, previamente al empréstito, y que carecen de los proyectos y presupuestos definitivos para su inmediata contratación y ejecución.

No son obras *muy productivas* ni siquiera productivas las que permanecen en calidad de proyecto después de realizados los empréstitos para su ejecución, conforme sucedió con los diez millones de dólares para obras sanitarias, que el gober-

nador de Buenos Aires guardó primero tres años en el Banco de la Provincia por falta de trabajos para su aplicación, y que después convirtió en otro empréstito externo a largo plazo, que por cierto no hizo sino aumentar el peso muerto.

En el orden nacional hay también *pesos muertos* de esa misma índole, como cierto ferrocarril famoso, que hace seis años permanece detenido en los Andes, como si dijéramos a medio camino, y abundan las obras inconclusas y las que se construyen en el doble, triple y cuádruple plazo del necesario, las cuales también constituyen un peso muerto para las finanzas de la Nación cuando lo insumido por esos trabajos proviene del ahorro nacional, y para la economía nacional cuando provienen del exterior.

Las obras muy productivas para empleo del capital extranjero han de consistir en los grandes trabajos, como los portuarios y ferroviarios, que han transformado completamente la economía de nuestro país; pero esas mismas obras necesitan después ser explotadas de manera que las finanzas de la nación no tengan que cargar con el peso muerto de los déficit que produce una explotación realizada con criterio político y despilfarrador, como las que conocemos.

No consisten en edificios para escuelas, en reparaciones de lo ya ejecutado, y esa infinidad de pequeñas obras que comportan comodidad y no aumento de riqueza, las cuales sólo deben ser realizadas con la contribución o el capital nacional.

El empréstito externo así entendido, y realizado con la medida necesaria para no producir el déficit en el presupuesto que debe sufragar sus servicios, es una ayuda inapreciable, como dijo el señor Hoover, para el desarrollo interno de las naciones que la necesitan.

Pero el olvido de sus naturales limitaciones, constituye un abuso que lleva a los países a catástrofes económicas y morales en que su propia soberanía suele naufragar o se ve disminuida.

Toda nuestra prédica durante años ha venido exponiendo la misma doctrina y todavía no hemos conseguido en beneficio del país el fruto que anhelamos.

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina en las Arcadas, frente al Teatro Nacional.

TELÉFONOS:

2034 OFICINA

2208 HABITACIÓN.

Carta abierta de Haya de la Torre Al Presidente de Panamá Sr. Arosemena

Berlin, enero de 1923.

Señor Presidente:

A mi arribo a Balboa la noche del 15 de diciembre último, las autoridades norteamericanas del puerto no me permitieron desembarcar. Sin darme razón alguna me indicaron que debería esperar al médico y a las autoridades de inmigración antes de que yo pudiera abandonar el vapor alemán *Phoenicia*, de la Hamburg Amerika Linie, en que había viajado desde Puntarenas. Cuando horas más tarde, casi a media noche, fui llevado a la cámara del Capitán, encontré un grupo de individuos de nacionalidad norteamericana, que después de revisar mis pasaportes, mis certificados sanitarios, y de convencerse de que llevaba los ciento cincuenta dólares exigidos a los pasajeros de tercera clase, me manifestaron que «a pesar de estar todos mis papeles en orden, ni el Gobierno de Panamá ni el Gobernador de la Zona del Canal, deseaban que yo desembarcara».

Ante la silenciosa presencia del Capitán del barco, Herr Sharr, y uno de los altos oficiales del barco, entablé con ese improvisado tribunal que bebía ansiosamente cerveza alemana, un diálogo de sumo interés para mí, porque en posesión del inglés, pude con mayor facilidad descubrir la situación lógicamente insostenible de estos defensores de la ley, el orden y la justicia, que hablaban en nombre del gobierno de V. y del gobernador de la Zona, como de dos poderes que ellos representaban igualmente y en cuyo nombre podían adoptar cualquier decisión.

Todas sus razones eran verbales. Frente a ellas yo oponía la prueba documental y oficial, una visa que la Legación de Panamá en Costa Rica, por falta de un Consulado,—dada la reciente reanudación de relaciones entre ambos gobiernos—, me había concedido sin ninguna dificultad.

Yo no iba a Panamá sino de tránsito. Obligado a llegar a Colón para de ahí tomar el vapor *Galitzia*, de la misma Compañía alemana, que debería salir para México el 19 de diciembre, manifesté claramente que las recientes inundaciones en el oriente de Costa Rica y la incomunicación entre San José y Puerto Limón, en donde debía yo embarcarme, motivaban mi viaje a Panamá para tomar la ruta del Atlántico.

Después de atreverse uno de los oficiales norteamericanos a manifestar que, ellos estaban informados que México tampoco me recibiría, afirmación que yo rechacé exigiéndole una comprobación, concluyeron por ordenarme que permaneciera en el barco hasta el día siguiente y que después de cruzado el Canal, yo desembarcaría arrestado por la policía norteamericana, la que me mantendría en prisión hasta el día de la partida del *Galitzia*.—*To-morrow you will be in jail*, fueron las palabras ter-

minantes del médico.—*All right, it will be a good experience for me and a strong argument against you*, fué mi respuesta.

Al día siguiente, otro médico y otras pesquisas norteamericanas abordaron el barco tres minutos después de arribado a Colón. Las instrucciones eran otras: el médico me comunicó que «por orden del Gobernador del Canal, de quien había recibido un telegrama a las 11 de la mañana, yo debería continuar en el barco hasta el próximo puerto». Inquirí por el próximo puerto y se me respondió que era Bremen en Alemania y que además debía pagar noventa dólares por el valor del pasaje. Una hora y media más tarde y ya ante varios amigos míos peruanos y panameños que habían logrado llegar al barco, el agente de la Compañía me comunicó que no había posibilidad de conmutar la medida, ni aun con mi aceptación de ir a la cárcel norteamericana por cinco días. Ante mis amigos pagué el valor del pasaje y ante ellos abandonaba el puerto a bordo del barco, tres horas más tarde.

El médico de Colón me había dedicado una frase de irónica cortesía:

In think you are undesirable because you are a too powerful speaker. Make you comfortable here and good-by. Yo le dije en respuesta que era ridículo que la más poderosa nación de la tierra, tan segura de sí misma y de su misión providencial de justicia, temiera a mis discursos, máxime cuando fatigado yo por mi larga estancia en los trópicos, no deseaba decir más discursos y esperaba llegar lo más pronto posible a los fríos reconfortantes de México. Horas más tarde, lejos ya de Panamá, pensé en las palabras ingenuas de aquel hombre, menos descortés aunque igualmente torpe que sus colegas, y comprendí que la orden de expulsión, que nada ni nadie podría justificar, se debía a una simple medida del Gobernador de la Zona, violando la soberanía de Panamá, ya que la visa de mi pasaporte era y será una prueba evidente de que: o las autoridades de Panamá no reconocen los actos de sus representantes diplomáticos, o los actos de ambos

están sometidos a la revisión del Gobernador de la Zona como autoridad omnipotente.

Pensé entonces en escribir a V. esta carta abierta. No lo habría hecho jamás, como que no lo hice, cuando los presidentes de Guatemala y El Salvador,—cumpliendo órdenes de las legaciones norteamericanas— me expulsaron violentamente de sus países. Un general Chacón y un señor Romero Bosque no merecen en forma alguna ni los honores de una protesta. Su arbitrariedad primitiva corresponde a su mentalidad, a su ferocidad sórdida de traidores incondicionales puestos al servicio del imperialismo para oprimir a sus pueblos y cumplir las órdenes de sus sostenedores sin discusión ni demora. Quien pise tierra guatemalteca o salvadoreña lo hará porque la solidaridad con pueblos nobles, sacrificados y ofendidos, vale más que cualquier temor a los actos de terror de los sátrapas en comando.

Empero, aunque aparentemente la situación de Panamá sea más dolorosa, siempre he creído que la proximidad del yugo hacía sentir aún a los panameños más descastados,—que los hay sin duda, porque ningún país de nuestra América puede hacer excepción a esta regla que es a su vez excepción de la otra eterna y cierta del espíritu libertario y viril de nuestros pueblos—, cierta honda repugnancia por el opresor. He hablado muchas veces con funcionarios panameños y he encontrado siempre un anhelo de poder hacer algo para librar a su país del garrote imperialista que lo estrangula. Y son algunos de ellos quienes me han hablado de V. Varios, me habían hecho de V. una referencia grata. Mi inmenso cariño por el pueblo panameño, mi recuerdo vivo siempre de días inolvidables pasados en esa tierra al salir al destierro en 1923, me ha hecho seguir atentamente el curso de la vida política de Panamá en los últimos años. Siempre he dicho que dos grandes timbres de orgullo y dos altos ejemplos para América Latina son en nuestra historia de lucha contra el imperialismo, la actitud del pueblo de Panamá al apedrear a Pershing en 1920 y la resolución de su Representación al rechazar el Tratado vergonzoso que le imponía el imperia-

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

lismo en 1926. Y haciendo honor a hombres que en Panamá desafían los favores de la burocracia por ciertos principios de nacionalismo latinoamericano, creo que vale citar esa magnífica conferencia de don Narciso Garay, ex-ministro de Panamá en Cuba y México, leída el 14 de marzo de 1927 en la inauguración de la Décima Reunión anual de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional. (Havana. Imp. El Siglo XX. Calle del Brasil 27—1927).

Pues bien, esta carta que no lleva más que la serenidad ganada en cinco mil millas de cielo y mar recorridas hasta llegar a mi nuevo exilio, no puede eludir una interrogación terminante al funcionario encargado de velar por la soberanía, siempre en peligro, de su país, acerca de un acto arbitrario de las autoridades del Canal. Sin pensar en el nombre de la víctima y recordando sólo que se trata de un ciudadano que conoce la letra de la Constitución Panameña y sus magníficos postulados referentes a las garantías para los extranjeros, yo pregunto a V. si existía un motivo que impidiera mi entrada a Panamá por parte del gobierno y si esto es así, si la Legación de Panamá en Costa Rica, cuyo secretario el distinguido intelectual señor Ricaurte Rivera, me manifestó que no podían existir sino motivos de complacencia por mi paso por Panamá, ha sido desautorizada por el gobierno de V.

Si la Legación de Panamá en Costa Rica hizo bien y si el gobierno de V. no la ha desautorizado oficialmente, ratificando la desautorización oficial que implicaba no recibirme—en caso de que la orden fuera de su gobierno—, entonces subsiste este punto que constituye cuestión grave de jurisdicción y de soberanía: el Gobernador de la Zona del Canal puede desautorizar los actos de los funcionarios del gobierno de Panamá. ¿Existe alguna cláusula en el Tratado del Canal a este respecto? Las que yo conozco, que entiendo son todas las publicadas, no colocan a Panamá en esta situación de dependencia.

Estoy seguro que muchos panameños se habrán hecho la misma pregunta ante la evidencia de mi caso. Uno de los varios panameños amigos que estuvo a verme en el barco,—permítaseme que guarde su nombre— me manifestó ser un sincero admirador de V. Sin embargo, me dijo que sentía dolor y vergüenza por esta violación de la soberanía de Panamá cuyos motivos no alcanzaba a comprender.

Puede ser que esta pregunta que encierra tantas otras no merezca la atención de V. Esta carta tiende a comprobarlo. Repito que obran razones en mí para hacer pública esta interrogación al funcionario que aparentemente se ha manifestado un decidido defensor de la soberanía de su país y un hombre consciente de su misión delicada. Aunque sean muy frecuentes los ejemplos vergonzosos de claudicación y de compromiso, porque los Bunau Varilla se reproducen en nuestros países y entre nuestros connacionales, emplazo a V. a una res-

puesta. Más que a mí se la debe V. a su país y a la opinión libre de todo un Continente.

Pongo esta carta en manos de muchos órganos de la prensa libre de América Latina y demando de sus deberes ciudadanos como panameño y como latinoamericano el responder a ella. El silencio en este caso tendrá una significación definitiva.

Contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los pueblos de Indamérica, para la realización de la Justicia Social.

Haya de la Torre

Los primeros días... Una sugestiva circular, y no común

ESCUELA NORMAL
DE
COSTA RICA, HEREDIA
DIRECCIÓN

Heredia, 20 de marzo de 1922.

Señores Profesores:

He de rogar a Uds. que para iniciar las lecciones de una manera que desde el primer día favorezca eficazmente la organización general del trabajo, se sirvan, sin sentir por ello restringida su iniciativa, atender las siguientes observaciones:

I.—Conviene presentarse desde el primer día en tal actitud que con la primera lección reciban los alumnos la impresión de que han encontrado en su camino a un servidor capaz y abnegado, a un amigo, a un consejero, a un guía en quien, desde entonces reconozcan la superioridad moral necesaria para influir con su palabra y ejemplo en la más noble realización del porvenir de ellos.

El alumno llega a la apertura de los cursos con una ilusión, con una esperanza. Estas deben engrandecerse con el primer asomo de la realidad de la vida que va a hacer. O llega con una curiosidad: ésta debe ennoblecerse, transformándose en fecunda esperanza. O llega, muy raras veces, por cierto, con un desencanto; éste debe desaparecer.

El propósito es imponer en la organización general del trabajo, APROVECHANDO LAS CONDICIONES DE LOS PRIMEROS MOMENTOS, un superior pensamiento y un superior anhelo de perfección. El primer día de clases, debe quedar suscrito, solemnemente, UN PACTO DE AMISTAD ENTRE EL PROFESOR Y LOS ALUMNOS. Para lograrlo, basta que el profesor se deje arrebatarse ese día por los mejores impulsos de su corazón. Así logra quedar atado ante los alumnos por hermosas promesas que después, en las horas adversas de su trabajo, cuando siente decaimientos, reviven para ser estímulos poderosos, restauradores, y, en lo tanto, medios de mantener la obra en una elevada zona de acción. Com-

prometerse ante la juventud a las mejores empresas, es una forma de adquirir fuerza para realizarlas.

II.—Conviene hacer desde el primer día el mayor esfuerzo por conocer a los alumnos con quienes se va a trabajar. Aprender sus nombres y observar sus primeras manifestaciones. El alumno sufre una desilusión profunda cuando advierte que el Profesor no sabe cómo se llama y llega a juzgar, con razón, que no tiene interés en el progreso de él.

Además, el primer día—los primeros días—dan la oportunidad de estimular en el momento más propicio, reservadamente, al alumno que por un motivo cualquiera y en una u otra forma, se manifiesta de un modo satisfactorio. La dan también de corregir en el mejor ánimo al que no se manifiesta así. Todo alumno ESTIMULADO A TIEMPO, para que insista en su actitud o desista de ella, y estimulado con el deseo sincero de servirle, suele significar la conquista de un buen estudiante.

III.—Conviene que desde el principio el alumno conozca los propósitos generales del trabajo que va a emprender, que sepa en qué va a consistir, qué medios se van a emplear para ejecutarlo, cuál es la importancia de todo ello, cuál la actitud que debe asumir, todo, en suma, lo que puede permitirle sentir la seducción de la nueva tarea y ser dentro de ella un factor consciente de progreso.

IV.—Conviene que el nuevo trabajo sea presentado con la amplitud y la sugestión bastantes a que todo alumno sienta que él le ofrece una ocasión de triunfo.

V.—Conviene que la iniciación de los nuevos conocimientos, arraigue en síntesis generales, claras, concretas, de los impartidos en el curso precedente, a fin de mostrar la necesaria continuidad.

VI.—Conviene que desde el primer día el Profesor pueda saber quiénes empujan su marcha con tendencia al retroceso, para estar en aptitud de impedirlo antes de que tal retroceso se torne progresivo.

Omar Dengo,
Director.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

HA muerto en Costa Rica un hombre que encarnó en grado excelso las más altas cualidades del maestro. Su vida fué toda un inacabable entusiasmo: llena de idealidad, limpia de escorias, intensa dentro de cada hora, y alegre y fecunda hasta el último momento. Fué una luz que se consumió demasiado pronto porque estuvo iluminando en cada instante con toda intensidad.

Qué íbamos a pensar nosotros no hace aún dos años, cuando estrechábamos la mano fuerte y cordial de Omar Dengo, que en tan breve tiempo, habría de apagarse esa gran llama de juventud y de ensueño... Mas medítandolo hoy, parécenos lógico que así habría de ser: no que los jóvenes sean los amados de los dioses, que aquello no tiene sentido, sino que el corazón estalla y los nervios se rompen cuando un ideal los trabaja con demasia. Este fué el caso de Omar Dengo: tenía en el cerebro unas cuantas bellas y nobilísimas ideas, y su corazón fué en todo momento el motor poderoso que las puso en marcha. La hora del descanso voluntario no podía llegar para quien sentía que la vida, aun siendo muy larga, sería demasiado corta para realizar cumplidamente su programa, y la muerte compasiva pidió para el trabajador sin reposo el reposo definitivo.

Había nacido Omar Dengo en San José de Costa Rica en el año de 88. Acababa, pues, apenas de cumplir los 40 años. Era una de esas bellas figuras de avanzada que habían recibido en la república hermana la inspiración de fuertes espíritus como el de Brenes Mesén y el de Joaquín García Monge, y antes de que éstos maestros se tornaran viejos, el discípulo se había convertido en el compañero de tareas, en el realizador de los sueños comunes.

Desde 1915 regentaba la Escuela Normal de Heredia (1). Allí fué un renovador constante y no dejó de ser un solo momento el amigo de sus discípulos. Comprendió que educar era ante todo acercar una alma a otra alma—que el amor es la fuerza creadora de la vida y que la violencia sólo engendra el odio—, y fiel a la inteligencia de este generoso dogma, hizo de su escuela su segundo hogar y el segundo hogar de todos los que allí llegaron. Una sola interrupción tuvo este fervoroso laborar en la gran Normal de Heredia. Y qué significativo resulta ese único paréntesis. Fué en 1917, cuando el destino trajo para Costa Rica días aciagos. Unos hombres ignorantes y despóticos se habían adueñado violentamente del gobierno de la nación. Omar Dengo sintió al punto que no podía seguir regentando en tales condicio-

La muerte de un maestro Omar Dengo

...quién lo cuidará?

—...Escribo artículos, tomo parte en exposiciones y gano medallas... Pesotsky, dicen, posee manzanas del tamaño de una cabeza; Pesotsky ha hecho su fortuna con este jardín. En resumen, Kotcheby está rico y lleno de gloria. Pero yo me pregunto: ¿para qué sirve todo esto? Verdad es que el jardín es hermosísimo, un modelo. No es un jardín ya, sino una institución regular y de gran importancia pública, porque señala, por decirlo así, una nueva era en la agricultura y la industria rusas. Pero ¿para qué va a servir todo esto? ¿Qué objeto tiene?

—El hecho habla por sí solo—contestó Kovrin.

—No es eso lo que quiero decir. Lo que yo pregunto es qué va a ser del jardín cuando yo me muera. En las condiciones en que ahora está, no seguirá ni un mes cuando yo falte. El verdadero secreto del éxito no está ni en que sea tan grande, ni en el número de trabajadores que se empleen, está en mi afición a esta clase de trabajo. ¿Entiendes? Amo al jardín más que a mí mismo. Fíjate, si no, en mí; todo lo hago yo. Trabajo desde por la mañana hasta por la noche; y siembro, injerto, planto, podo los árboles. Cuando me ayuda alguien, me pongo de mal humor y hasta me da envidia. Todo el secreto está en eso, no te quepa duda; en la afición, es decir, en el ojo experto del amo, en sus manos, en su trabajo, en la preocupación constante que hace que vaya uno a cualquier visita y esté en ascuas pensando que pueda haberle sucedido algo al jardín. Pero cuando yo me muera, ¿quién lo cuidará? ¿El jardinero, trabajadores? Pues yo te digo, hijo mío, que el peor enemigo aquí, no son los insectos, ni la nieve, ni un animal dañino, sino cualquier extraño.

Fragmento del cuento *El monje negro*,
de ANTON CHEJOV.

nes una escuela oficial. Se retiró entonces al campo, y fué por aquel tiempo, amargo para la patria, maestro rural en la humilde escuela de una hacienda.

Costa Rica entera se ha dado plena cuenta de la pérdida que ha hecho, y el gobierno de la nación ha sido en este instante, como en tantos otros, el intérprete fiel del sentimiento nacional. El presidente de la República, acompañado de su gabinete, se traslada a la ciudad de Heredia para presidir el cortejo fúnebre, y es el propio ministro de educación quien desde el atrio de la iglesia parroquial se dirige a la multitud—a una multitud silenciosa y acongo-

jada—para hacer en una bellísima oración el fervido elogio del ciudadano que dió su vida a la patria, no en una trincheras de combatientes, es cierto, pero sí en una de esas escuelas que enaltecen el presente y forjan el porvenir de un pueblo. Y es ese ministro quien dice, no las palabras protocolarias de un funcionario sino las que brotan del corazón y se hacen vacilantes en los labios. «Pero cómo no hemos de llorar, exclama, si nunca hubo padre que dejase más huérfanos, ni muerte vi que arrancase más lágrimas!» Y agrega: «Yo vi los templos repletos de niñas arrodilladas, con los ojos entristecidos, con las manos juntas

pidiendo a Dios por la salud de este maestro».

La muerte de Omar Dengo ha sido serena y armoniosa como fué su vida. Su gran placer de todos los días había sido conversar. Era un conversador maravilloso. Sabía interesar siempre cuando hablaba. Era profundo en sus reflexiones y era ligero e ingenioso a la vez. Las invisibles alas de su espíritu revoloteaban sin cesar por sobre el auditorio que le escuchaba, manteniendo alerta la atención de todos los oyentes. En la última hora de su vida quiere conversar también. Llama a los suyos, a su esposa, a sus chiquillos. Les dice con gran serenidad las más dulces palabras de aliento. Hace venir luego a sus compañeros de labores, les recomienda su escuela con tal naturalidad, que más parece que el maestro sólo pensara en despedirse para un para un corto viaje. Viene en seguida un grupo de discípulos: «Sed fuertes, les dice: cuidad de vuestro cuerpo, yo me he dejado de mi cuerpo.» Comprende que la sola preocupación del espíritu lleva prematuramente a la tumba. Pero no quiere pronunciar palabras escalofriantes. La sola idea de que su desaparición va a traer luto le intranquiliza: «Que desde mañana haya alegría en la escuela», dice, y agrega en el tono familiar en que habla siempre: «Si tienen preparado su paseo al puerto, háganlo. El árbol de la Navidad, no dejen de hacerlo también... Y ahora, jóvenes, concluye, a vivir: eso es importante.»

Hay un momento de esa varonil agonía en que el maestro parece dialogar consigo mismo: «No he tenido rencor para nadie», dice como haciendo el balance de su conciencia. Entra monseñor Benavides. «Monseñor, confórteme con los santos óleos», le pide. «Perdóneme. No me confieso porque no sé qué pueda decir. Traígame el Cristo». Y al ver la imagen dulce y dolorosa, prorrumpe: «Oh Cristo, tú que iluminaste al mundo, ilumina mi pensamiento para entrar en la eternidad».

Siente que la agonía llega, y el psicólogo, el hombre de estudio que hay en él, habla: «Observen el proceso, dice. Es interesante. Obsérvenlo. Yo lo estoy analizando. Mi cuerpo toma ahora todas las formas que yo quiero darle. Lo veo como una sombra chinesca. Es divertido. Ahora lo veo de una manera que no se puede explicar por la geometría de la tierra, lo veo en el plano inclinado y en el plano recto al mismo tiempo... No siento mi cuerpo ya... Pero por qué están todos en silencio? No hay alguna noticia de importancia que pueda llevar allá mañana? Tal vez me lo creerán al otro lado...» La gracia sutil del conferenciante lo ha acompañado hasta

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

(1) Corregimos: desde 1919.

en el último momento. Continúa el diálogo consigo mismo: «Tengo una perfecta tranquilidad moral. Sólo siento un dolor físico. Mi vida es un lago azul sereno... Veo tres colores, y ahora veo una cruz blanca». De pronto el maestro que ha sido siempre irreprochable en su vestido, nota que inconscientemente se está arreglando las mangas de la camisa. Y sonríe: «Pero me estoy arreglando la camisa! Vale la pena presentarse bien. Si tuviera corbata y estuviera torcida, también me la arreglaría». Luego, como sienta tal vez que sus ojos luminosos se empañan de lá-

grimas, hace un esfuerzo supremo y pronuncia esta bellísima frase: «Fuí a la gloria y me devolvieron porque llegué llorando». Abre bien los ojos entonces, y como vea que alguien toma notas de lo que él va diciendo, pronuncia sus últimas palabras: «Carlos Luis: no tomes más apuntes. Si acaso hablara Sócrates... Hasta en mi muerte he sido un poco parlanchín. Ahora no hablo más...» Y pocos momentos después, entrelazando él mismo las manos sobre el agitado corazón

que apenas se mueve ahora, expira dulcemente:

* * *

Amigo Omar:

Ya no podrás cumplirnos la promesa de venir a Colombia con un grupo de tus discípulos, a correspondernos la visita que te hicimos con los muchachos del Gimnasio Moderno; ya no volveremos a cambiar discursos emocionados delante de las juventudes que nos escuchaban con atención porque sabían que de nuestros labios sólo

oírían palabras honradas; ya no dialogaremos más en la intimidad sobre los graves problemas de la escuela; ya entre nosotros todo lo terreno ha concluido; pero oye, amigo mío: mientras para nosotros llegue también la hora, cercana o lejana, de emprender en la gran excursión en que tú has emprendido ahora, mientras esa última excursión vuelve a acercarnos, tén por seguro que tu recuerdo no se hará polvo como tus restos mortales: vivirás en nosotros como un espíritu sugeridor, como un compañero, como un ejemplo, como un maestro.

A. Nieto Caballero

(El Espectador. Bogotá.)

Rotarismo, filisteísmo

=De La Tribuna, San José de Costa Rica=

No es en los estatutos y principios de la institución rotaria donde debemos buscar la guía para juzgar de sus actividades, pues éstos parecen a simple vista inofensivos, y, si se quiere, laudables. Es en su extraña psicología, en el espíritu que desarrolla y fomenta, donde encontraremos su clave.

Luengos años había vivido Costa Rica, elaborando poco a poco su progreso, con todos sus cuerdos y todos sus locos auestas, cuando he aquí que de pronto irrumpe un movimiento pujante y desconocido—desconocido para nosotros—lleno de curiosos afanes, de *evangelios*, *mensajes*, *apóstoles*, y otras yerbas y toma la plaza por asalto. Venía dotado de gran vertiginosidad, de vertiginosidad cíclica (de *cyclos*, rueda en griego), y era natural que esa vertiginosidad nos produjera vértigo, hipnotizándonos y haciéndonos seguirlo, sin meditar en que su santo patrono—el ilustre Perogrullo,—era un viejo conocido nuestro; sólo que en los viejos tiempos cabalgaba un pollino y ahora viaja en sedán, con embrague, carburador, gurdabarros, parabrisas, espejo retroscópico y emblema en el radiador. En un recodo del camino—camino asfaltado—nos hemos detenido un momento y empezamos a recobrar poco a poco nuestra perdida conciencia. La celeridad, el kilometraje por hora no nos han hecho mejores: somos los mismos ticos, palanganeadores, choteadores y revuelcalbóndigas.

Es más, nos hemos tornado un poco escépticos, la CICLOLATRIA nos ha dejado ilesos, y no nos convence la SEMANA DEL NIÑO, prefiriendo algunos la Semana Santa, por las vacaciones que proporciona.

En vías de recuperación, tratamos de documentarnos un poco más, inquirimos acerca de la historia del Rotarismo, de la fama de que goza en su Belén—los Estados Unidos—y nos encontramos con que más que en faetón o en sedán, se les tiene allá en berlina. El Rotarismo, efectivamente, es el hazmerreír de la gente intelectual y pensante de los Estados Unidos. En él han clavado sus fieros dardos los más valientes adalides de la inconformidad y del antialdeanismo—Mencken, Jean Nathan, Sinclair

Lewis, O'Neill—figuras de gran relieve en el mundo intelectual estadounidense. Considerase a los rotarios como reaccionarios progresistas, ingenuos, anodinos, pueriles a veces y filisteos siempre. Su vocabulario mismo está abarrotado de frases vacuas y rimbombantes: «el ideal del SERVICIO» (quieren servir de todo, aunque sea de estorbo); «nada trae tanto éxito como el éxito mismo»; «la unión hace la fuerza»; «el que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija», etc., etc. El Exito entre ellos se escribe siempre con mayúscula, al igual que la Eficiencia y otros fetiches menores. Sobre todos ellos se cierne, como un Dios tutelar, la sombra vivificante de Orison Swett Marden, (q. e. p. d.), Profesor de Energía, y autor de esos oráculos mercantiles que se intitulan *Siempre Adelante!*, *Abrirse paso*, *Ayúdate*. Todos ellos creen a pie juntillas en la historia *El joven de un alfiler* y no es raro verlos por las calles recogiendo alfileres con la esperanza de llegar a ser millonarios, si es que no lo son, como cumple a su condición rotaria. Los rotarios son buenas personas, respetables, dinámicos; viven, si no en olor de santidad por lo menos en olor de gasolina. Son amigos de la paz en tiempo de paz y de la guerra en tiempos bélicos, siempre que la guerra sea rotaria: el símbolo del arma rotaria es el tanque. El rotario no se inmiscuye en cuestiones religiosas ni filosóficas; tampoco se ocupa de asuntos políticos ni discute cuestiones sexuales. Respeta todas las opiniones: todo lo perdona porque lo conoce todo. Exceptuadas todas estas inhibiciones, interviene en todo lo demás. Verdad es que queda muy poco de qué hablar, pero en eso consiste precisamente la habilidad del rotario. Una de las más grandes preocupaciones del rotarismo, del Capítulo costarricense, para hablar con más propiedad, es el niño: todo niño es un chofer en embrión. Por eso conviene que desde muy tierno el infante, se pongan en sus manos objetos y juguetes cíclicos: el *kiddie-car*; el velocípedo, con neumáticos de caucho, a ser posible. También es aconsejable servirle el pan en rebanadas redondas, es decir, cíclicas.

El rotarismo, fiel a sus doctrinas, opi-

Aristarco

na por la fordización hasta en la enseñanza, pues Ford es el primer rotario del mundo. La producción en masa debe aplicarse a todas las actividades y entre ellas, naturalmente, a las actividades educativas. El Rotarismo ha descubierto que una de las razones por las cuales los hombres no se ponen de acuerdo es la divergencia de opiniones; por eso trata de unificarlas, limarles los cantos y rebabas, y si es necesario, aplanarlas: la aplanadora o rodillo es un instrumento eminentemente rotario. Por eso también promueve los deportes: cuando una persona está haciendo ejercicios físicos, el cerebro sufre una cierta anemia, muy conveniente para la unificación de las opiniones. El deporte es el gran instrumento de unificación de conciencias y por eso las universidades rotarias le dan preferencia sobre la ciencia pura o la filosofía, esta última el semillero más prolífico de opiniones encontradas. El rotario ha descubierto la profunda verdad del viejo refrán: «barriga llena, corazón contento», y por eso promueve las comilonas frecuentes. Por otra parte, nadie se mete en cavilaciones después de comer y de ese modo avanza más hacia el ideal de unificar las conciencias en una sacrosanta panbeocia.

Los rotarios creen como en un dogma en la igualdad de oportunidad, en la alegría de vivir y en que cada cual esté en el puesto que le corresponde, en el puesto que se le asigna en el engranaje o rodaje de la sociedad, para emplear términos de la liturgia rotaria.

Los Estados Unidos—donde «cada minuto nace un rotario», según Barnum—son ya un terreno demasiado estrecho para las actividades rotarias, y por eso el Rotarismo tiende a la expansión, esparciendo la buena nueva *Urbi et Orb* en los grandes periódicos (o rotativos). En la América nuestra son candidatos al Rotarismo y sus aliados, todos los que estudian inglés, usan polainas o manejan la «rueda» del automóvil (en español, volante).

Con todo, tenemos fe en el buen sentido de los ticos que todo lo transforman y adaptan a su temperamento, y pueden estar seguros los Rotarios de que, hechas las anteriores salvedades, estamos muy de acuerdo con sus ciclópeos esfuerzos.

Tiene setenta años Selma Lagerloff

= De *El Mercurio*, Santiago de Chile =

DÍA en que cumple años—y nada menos que setenta—allá en su Estokolmo, listada de canales grises, nuestra Selma Lagerloff, honra de todas nosotras.

No la primera, porque empezamos a contar con país nórdico; ni primera tampoco por cargada de su setentena de experiencia literaria. Primera en la literatura hecha por mujeres, y con solamente una figura melliza al lado que le resista la dignidad del porte: con la cuasi nórdica Madame Curie, polaca domiciliada en raza francesa.

Por saludarla han salido hoy estampas de ella que yo enfilo para que me hagan el gesto de su vejez. Un poco fatigado el semblante, y la dulzura altiva del ojo treintaero que yo le conocía algo ablandada. Pero la masa blanca del peinado alto—sólo en ella no grotesco—le pone lo reverencial en la cabeza *aniebesantesca*, como que es ella una papisa literaria, mucho más legítima que la otra.

A no ser puro mito la famosa solidaridad femenina, este día, en cada ciudad, y también en algunas aldeas no bárbaras, nos juntásemos a conversar un poco de ella, de la que cumple linda cifra de años; a decir bien del bien que nos ha hecho, que es mucho; a repasarle un poco los incidentes de su vida que sólo tiene un pequeño retablo de anécdota; y a acuñarle también un telegrama sobrio y penetrante: «Las mujeres de Chile—o de Colombia o de Ecuador—se acuerdan de su Selma Lagerloff, releen hoy cinco fábulas suyas y quieren que mucho les viva».

Pero las mujeres no nos juntamos sino para golpear el codo a los diputados por el voto, o a organizar obras de caridad *que se toquen*, como las piedras, y la caridad de Selma no se coge de ese modo.

Como vamos en camino de restaurar la palabra a su pristino sentido (¿verdad, Péguy?), podemos hablar de «la caridad de Selma Lagerloff».

Cuando existen allá, tocando con la cabeza el círculo polar, unos pueblos a los que llaman «demasiado niños», «presuntuosamente jóvenes», «rollizamente prósperos», los países latinos, esta especie de viejos socarrones, «caridad» y de las caridades con más inteligente rostro, ha sido la de Selma en ahuecar, cavar y lograr tradición para su pueblo. La tradición que los charlatanes del sur le olvidan; no tradición griega ni romana. Pero tradición de honradas monedas que suenan a metal legítimo de cuatro mil años.

Caridad llamo yo el regalar de regalo profundo al menesteroso; mejor que eso, el regalarlo sobrenaturalmente. Déjenme, pues, que meta en casillero de «caridad» la obra de Selma Lagerloff, y que siga dando mis razones para hacerme entender.

Me suele parecer como que tienen los pueblos una honra o una deshonra *por la imaginación*. Esta honra es la que dan las mitologías—con la añadidura de los folclores—y casi, casi, es más deseable que la honra de



Selma Lagerloff

la espartosa, desnuda y calva de la inteligencia.

Pueblos de mitos, que entregan buen peso de fábulas y mitos, son pueblos con mayorazgo sobre los otros de esmirriada o siemmesina imaginación. Antes de Grecia, las Indias y la China y tal vez Persia; después de Grecia, las Slavias y las Germanias; y después de ellas la América folclórica nuestra muchísimo más lejos las Romas utilitarias, ingenieras y leguleyas.

Cuando yo veo a Selma en estampa—que es como yo ando viendo a las gentes—se me hace un hermoso bulto sentado, parecido al de un invocador de serpientes. Las fábulas escandinavas estaban metidas en sus cuevas y sus matorrales. (*Cuevas*, vale por *especialismo*; matorrales, por *confusión*). Ella se sienta, no más, a invocarlas, y las culebras ágiles y acretonadas van desperezándose, saliendo desconfiadas, se allegan poco a poco y acaban por echársele al regazo, para que las voltee, las conozca y dé fe de ellas. Al que le repugne en estampa tan querida el cruce de las culebras, por resabio de la que fué perversa, cámbielas y ponga otras bestiecitas también hurañas y de colores varios, pero que sean un poco mágicas en todo caso, porque la leyenda tiene siempre medio tallo sumido en agua de magia, y Selma, sueca y todo, algo tiene de espíritu de la naturaleza, algo de driada o de madre de elfos, al trabajar

Gabriela Mistral

Roma, diciembre de 1928

con el lenguaje popular, que es depósito místico o demoníaco.

Una humildad absoluta, que sólo de mujer podía venir, le hizo echar atrás los asuntos ofrecidos por la imaginación propia, y sus temas de corazón—que han debido rondarla muchísimas veces—queriendo ser honrados por su prosa. Ella ha guardado esa especie de segundo regazo que es la mente en la mujer; ella lo ha entregado cabalmente, a la muchedumbre folclórica que se lo solicitó con apetito excluyente, con una especie de voluntarioso dominio. Porque hay mucha harina blanca de humildad en el folclorista, pero especialmente en ella. Alabársela también, con la claridad, lado a lado de las dos cosas está hecho su arte como los hemisferios gemelos de una fruta.

Ella da la ilusión de *haber dejado contar*; de haber escrito al *dictado*, como los copistas antiguos; de haber prestado mano o boca. No engañarse yendo tan lejos. Curémosnos de este juicio, leyendo en el folclorista mejor, por ejemplo, en Sir James Frazer, lo que son las supersticiones, la conseja o el mito en esqueleto, que es cosa desnuda, desgarrada y gibosa. Ella ha cogido como bayas del roble folclórico muchos núcleos, semillones y almendras, de relatos. Ella ha amasado la pulpa frutal en torno de eso, y, con la carnazón, le ha puesto colores y aromas. Será, si se quiere, una cuasi creación, pero hay que acordarse de que en la balanza están puestos, de un

lado, las imaginaciones de una o dos razas durante tres mil años, y a otra, el trabajo de un solo individuo novelístico. Wagner obtuvo cosa mucho menor ordenando sus mitos que un poco echó a perder con su énfasis germánico.

Señora, gran señora de las letras, Selma ha poseído y largamente ha usado, la naturalidad del contar que le apellidan «campesina». La sencillez revela gran raza en cualquier oficio, y lo mismo la tiene el pastor que quería Maragall, como la dama verdadera que bien camina, bien se sienta, bien come y bien narra, sin que se le atraviese ninguna pedantería en la palabra o el gesto.

Se hace fiesta hoy en Estokolmo, como en Copenhague o en Berlín, por esta nórdica, que es ya *medalla de la raza común*. Extendamos la epifanía a toda tierra en que hay mujeres y niños y además varones con apetito de infancia en el arte. La contadora, para esos tres grupos ha contado. En esta arrugada y zurcida Europa unos trechitos frescos se ven a veces que bastan a alegrar el ojo con ictericia que ella misma nos va poniendo. Selma es, ella sola, uno de esos pedazos.

Cuando se reparten títulos, títulos de madurez acabada en el arte, de super sabidurías de la palabra, de maestrías que suelen acabar en debiladuras o en encarnizamientos de impulso poético, qué lindo título el que te dan, sin saber lo que es, Selma Lagerloff, de «genio-ingenuo» (1), de contadora rezagada en la infancia! ¿Verdad que tú sabes bien, cuando oyes esos «pininos», que te has quedado con la mejor parte?

(1) André Levindson.

HA sido tanta nuestra admiración hacia el divino Rubén, que nunca nos hemos atrevido a hablar de él. Y no va a ser ahora cuando se cumple el XIII aniversario de la ascensión gloriosa al Empíreo del Mesías de la nueva poesía, cuando vayamos a poner dos columnas de pesada prosa sobre la memoria resplandeciente del Gran Cisne. La poesía áurea y sutil, divina e impalpable, es la única capaz de poner un velo de luz sobre este nombre símbolo, cual ningún otro preclaro: *Rubén Darío*.

El cronista apasionado va a intentar solamente evocar en las cuartillas el momento lleno de emoción en que en ese Madrid tumultuario, sensible como un gran corazón, se supo la noticia de la muerte del supremo poeta de la raza.

Fué un domingo por la tarde, hace trece años. Estábamos en la célebre *Cacharrería* del Ateneo de Madrid con un grupo selecto de la juventud española, hablando del eterno tema literario; cuando se nos presentó Juan González Olmedilla, el hombre siempre de las grandes noticias. Venía agitado, trémulo, y más pálido todavía de lo que es; traía un papelito azul, que temblaba en su mano como una cosa viva. Era el cablegrama que había llegado a *El Imparcial*, comunicando la muerte de Rubén Darío, acaecida ese mismo día en León, de Nicaragua. Un temblor de emoción corrió por nuestros nervios, como un escalofrío. Quedamos unos momentos en silencio; pero, una vez repuestos de nuestro estupor doloroso, comenzamos a hablar todos, a la vez. Era necesario hacer algo en homenaje a la memoria del divino muerto; pero en el momento.

—Vamos ahora mismo al Retiro, dijo uno, llevando libros de Rubén para leerlos allí, en el sitio donde vamos a pedir que se le levante un monumento.

—Sí; pero llevemos también el busto del Poeta. Yo lo voy a pedir, añadió Olmedilla.

Y, como lo dijimos, lo hicimos. Uno de nosotros subió a la biblioteca y al momento bajó con tres libros de Darío; *Prosas Profanas*, *Cantos de Vida y Esperanza*, *El Canto Errante*.

La dolorosa noticia se propagó enseñada por la docta casa, produciendo la impresión que es de suponer. Muchos otros socios se sumaron a nosotros y formando un numeroso grupo emocionado salimos, dirigiéndonos a la calle

Cuando murió Rubén...

Para Repertorio Americano



de Alcalá número 6, en donde a la sazón vivían Francisca Sánchez, la compañera de toda la vida del poeta y su hijo Rubén. Subió una comisión que a poco rato bajó, portando, como una custodia, el busto rubeniano, modelado por las manos creadoras de Victorio Macho.

En manifestación improvisada seguimos todos, a lo largo de la magnífica calle de Alcalá hasta el Retiro.

Una vez en el mágico recinto, buscando un lugar apacible y evocador, que rimara con la divina memoria que íbamos a evocar; fuimos a la rosaleda. Allí, sobre el capitel de una columna a la que se asía una enredadera de amarillas rosas diminutas, colocamos el busto del Excelso, agrupándonos en torno, reverentes. Olmedilla, con voz tremante, con místico fervor leía los poemas inmortales, cuyos versos supremos parecían volar en el ambiente perfumado del jardín, como pájaros de luz. La tarde moría con morbosas languideces. En el cielo

César E. Arroyo

Marsella, Francia.

de un raso violeta iba mermando la claridad paulatinamente. El espíritu inmenso del divino Cisne parecía expandirse por ese parque amigo, por ese dulce cielo crepuscular y llenarlo todo con su invisible presencia augusta... Cuando la sombra se hizo plenaria y ya no se podía seguir leyendo, el mismo Olmedilla recitó, de memoria, el maravilloso *Responso sobre la tumba de Verlaine*, único epílogo condigno para ese inefable momento lírico y doloroso.

Volvimos a tomar la adorable efigie y, procesionalmente, tornamos por el mismo camino, la calle de Alcalá, ya alumbrada por sus potentes focos de arco y llena de una multitud bullente. Los buenos transeúntes no sabían lo que significaba aquel vehemente grupo juvenil que marchaba portando una blanca efigie.

Llegado que hubimos a la casa de donde sacamos el busto decidimos subir todos, ¡a dar un beso al hijo de Rubén Darío!

El piso en el cual habitaba el niño con su madre era una modesta *Pensión de Familia* de propiedad de la hermana de Francisca Sánchez. En una pequeña sala adornada con varios retratos de él, nos recibió la buena mujer que, durante tantos años había sido *lazarillo de Dios en el camino* del Poeta único. Era una señora pálida y enlutada, con huellas en el semblante de haber llorado. Su faz vulgar estaba como ennoblecida por el cariño con que la ungió aquel gran espíritu taumatúrgico, hasta hacerla parecer a una de esas mujeres pálidas de los lienzos de Pantoja de la Cruz.

Nos recibió el busto con gesto casi religioso, «Ay, mi Rubén» le oímos exclamar. Luego, llamó a Rubencito. Y, saliendo de las habitaciones interiores de la casa, se presentó ante nosotros un niño como de doce años, triste y pálido, pero en cuyos ojos parecía brillar la inmortal llama rubeniana. Besamos todos conmovidos la frente de ese niño, y estrechando la mano de Francisca Sánchez, salimos en silencio.

A pocos pasos que caminamos, dimos en la Puerta del Sol, que a esa hora estaba en todo su apogeo. Acababan de salir los periódicos de la noche, todos con la noticia de la muerte de Rubén Darío, cuyo nombre universal, al ser gritado insistentemente por los voceadores, adquiría una resonancia innumerable.

Condolencia del Profesor Vicuña, chileno de honor

Mar del Plata, 1 de Febrero de 1929.
Señor Don Joaquín García Monge,
San José de Costa Rica.

Mi distinguido amigo:

Su generoso *Repertorio Americano*, siempre tan reconfortante y cálido, nos ha traído esta vez la noticia desolada y angustiosa de la muerte de Omar Dengo. Es un dolor para los que supieron admirar su alma cristalina y bondadosa, es una desgracia para Costa Rica, es una pérdida irreparable para esa fecunda Escuela Normal de Heredia, tan henchida de su incomparable afecto paternal.

Cuando peregrinamos hasta allí Manterola y yo, y guiados por Ud. penetramos en esa casa luminosa de paz y bondad, sentí una profunda emoción de pureza y de ensueño, de energía y de amor, que me ha dejado un recuerdo indeleble: vi por primera vez en mi vida una escuela a la que confiaría mis hijos con esa fe sin nubes con que uno los deja en brazos de su madre. Se sentía allí no sólo el fervor de la ciencia y la camaradería

gloriosa de los muchachos,—que se ven en todas partes—, sino además una fe profunda y religiosa en el maestro, que sólo saben despertar los corazones extraordinarios. Pero lo que más satisfacía a mi espíritu de padre, y de amigo de la juventud, era una atmósfera santa de pureza, que lo envolvía todo y se transparentaba en la mirada serena y luminosa de las niñas, felices de su propia devoción, por ese hombre excepcional, padre

y maestro de su grey agradecida y fervorosa.

Esa emoción me arrancó palabras íntimas, que hacía muchos años las enconadas divisiones y luchas de mi patria desgraciada no me dejaban pronunciar. Sentía con el alma que allí podía reposar el espíritu y sembrarse con alegría y con fe la palabra fecunda. Allí el Amor había creado la paz y la sonrisa de las almas, y aparecía como una realidad evidente esta verdad positiva, que es Él el principio de toda sabiduría. Bastaba hablar media hora con Omar Den-

go para comprender que esa maravilla moral era obra suya: del equilibrio luminoso de su espíritu, del fervor generoso de su corazón privilegiado, de la bondad desbordante y serena de su alma paternal. Y lo que es más extraordinario, y le permitía coordinar eficazmente los mil resortes sutiles de su vasta obra colectiva, es que sus superiores condiciones morales en

nada amenguaban la firmeza de su carácter, que realizaba como una aureola los contornos helénicos de su noble y definida personalidad.

Mi querido amigo: en Ud., que tan admirablemente representa el alma límpida, clara y fraternal de Costa Rica, quiero dar a todos los hombres de buena voluntad de su tierra serena y leal, la honda

y sincera condolencia de mi espíritu. No conocí a su familia por la sangre, pero le ruego quiera hacerse cerca de ella intérprete de mi sentimiento, así como cerca de sus amigos y discípulos. Es un consuelo estar convencido que la obra de los hombres ilustres no acaba con la muerte: el amor y la enseñanza perduran y dan, pu-

rificados por el recuerdo, sus frutos mejores. Es una forma de seguir viviendo conservarse en el corazón agradecido de los que quedan y seguir enseñando desde la tumba con el eco cristalino de una palabra ferviente.

Con profunda emoción le estrecha la mano su amigo.

Carlos Vicuña

El Gobierno de Cuba distingue al poeta Santiago Argüello

La Habana, 7 de febrero de 1929.

Sr. Joaquín García Monge.

Director del *Repertorio Americano*.

San José, Costa Rica.

Muy admirado e ilustre García Monge:

Como su gran *Repertorio Americano* acoge siempre con aplauso los actos de justicia a favor de los insignes pensadores y hombres de letras de América, me complazco en remitirle copia del Decreto del Presidente de Cuba en que se nombra a Santiago Argüello, Profesor de nuestra Universidad Nacional. Los términos del Decreto le revelarán a usted la admiración que por él sentimos los cubanos y como hemos querido hacer de ese gran espíritu de selección, nacido en Nicaragua, un cubano más. La patria de Martí demuestra con ese merecido nombramiento, cómo ha germinado en el alma nacional el sublime concepto republicano del Apóstol: «con todos y para todos». Cuba tendrá siempre abiertos los brazos a los grandes hombres de nuestra América para estrecharlos amorosamente junto con los preclaros hijos de la isla.

Le ruego que glose ese nombramiento en su revista y quedo de usted con mi más profunda devoción,

R. A. Catalá

Habana, 1.º de febrero 1929.

Por cuanto: el ilustre profesor nicaragüense, doctor Santiago Argüello, durante su estancia en nuestra patria ha pronunciado en distintos centros culturales una serie de conferencias, poniendo de manifiesto, una vez más, sus grandes

prestigios intelectuales y ha conquistado merecidos elogios de la prensa cubana y la admiración de nuestros más prominentes hombres de estudios, al extremo de haberse solicitado del señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes que se utilicen en nuestra Universidad los servicios de tan prominente Profesor, a fin de que pronuncie una serie de conferencias de Cultura General, especialmente en lo que se refiere a la evolución de las ideas políticas en América;

Por cuanto: el Gobierno de la República no desperdicia ocasión de brindar a nuestro primer Centro de Enseñanza todos aquellos medios que le fueren útiles para elevar su nivel cultural, y especialmente cuando el clamor de los más interesados en este sector de la Administración Pública así lo solicitan en determinado sentido;

Por tanto: en uso de las facultades que me están conferidas y a propuesta del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes,

RESUELVO:

Nombrar al doctor Santiago Argüello, para que, de acuerdo con el Rector de la Universidad de la Habana, organice Cursos libres en dicho Centro de Enseñanza, sobre la Evolución de las Ideas Políticas en América.

(f) Gerardo Machado

Presidente.

(f) José B. Alemán

Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Poesías de Flor de Té Velada

Mi amado en su butaca
lee a Lord Byron
a la luz de la lámpara,
y yo a sus pies, en blandos
almohadones,
le escucho entusiasmada.

Solloza el vate inglés
su desventura;
y enternecida busco
su regazo;
fuera, la tempestad,
ruda y nerviosa,
se une a la tragedia
de las páginas.
Mi mente ve visiones
iracundas,

mi cerebro se puebla de
fantasmas,
sólo su voz resuena,
vigorosa,
en medio de la noche.

Sintiendo mi temor
me estrecha al punto:
—duerme pequeña— su amante voz
exclama

.....
y mi cabeza reclinada
en el pecho del hombre
que me ama,
semeja un ópalo
engastado
en el corazón del mundo.

Dolor y perdón

Este cruel desengaño me sabe a verbena.
Pero hincha mi pecho de coraje y valor.
La tierra de los Schyris, la reina de las queñas,
desconoce su sangre, no canta su canción.

La tierra donde el sol ha puesto su reinado,
la hija del volcán, la mimosa del Ande,
seducir se ha dejado por el enmascarado
galán sin corazón, de pasiones bastardas.

El virus, que en su sangre dejó el can de España,
de luchas y rencores, ambiciones, desmanes,
ha florecido en llaga de asquerosa cizaña
para bien de los blondos y rapaces titanes.

Esa sublime patria, a la que regresamos
hinchidos de ternura, recuerdo y afección,
no conoce a sus hijos, no cuida a sus hermanos,
ha atrofiado su mente, no tiene sensación.

La nido de los Cóndores, de Bolívar querida,
no mira hacia los cielos, no reza su oración,
en negro laberinto de sentires mezquinos
sepulta un bello siglo de libertad y honor.

Y al verla ya rendida, sin voz y sin conciencia,
deslumbrada ante el oro del capital sajón,
siento que se me enciende la cara de vergüenza
y quisiera olvidarla de soberbia y dolor.

Pero no hay más que amarla, si no con más
[cariño,
con mayor entusiasmo, con mayor devoción,
y cuidarla solícitos, como a un encanto niño
que no sabe el peligro, ni la mala intención.

Estaremos en guardia con anhelo ferviente,
con el propio derecho que nos da su inacción
y los pocos cerebros que la amamos conscientes,
lucharemos sin tregua para su redención.

Hacia adelante

Venceremos, amado. No lo dudes.
La estulta muchedumbre no comprende
el piar de la alondra, ni el rugir del león,
por eso, casi siempre, sin entender confunde
el batir del águila y el vuelo de un gorrión.

La cortesía y bondad, creen que es hipocresía,
y la noble altivez, mezclan con el orgullo,
la ruindad de sus almas aquilatar no puede
la nobleza espontánea del sentimiento puro.

Lucharemos, amado; vestirá nuestro pecho
la obligada coraza de la indiferencia,
encenderemos juntos la antorcha de la gracia
y nos abrazaremos de la clarividencia.

Resignados y firmes seguiremos avante
llevando en nuestra frente la estrella del ideal,
obtendremos victoria, merecida y brillante,
a nuestros pies, veremos rendido, agonizante,
al negro minotauro del dolor y del mal.

Desde Lima, 1929.

Hacia el gobierno de los técnicos

Hagamos un estado siglo xx

Querido Sr. García Monge:

Vuelvo de Cuba donde encontré a los intelectuales impacientes, sin clara orientación, mientras el gobierno del *General*, hace cosas. Nadie sabe lo que debe venir después de *esto*. Deberíamos puntualizarlo cuanto antes, porque de *esto*, sea la dictadura—más o menos inteligente, más o menos decente—no podemos volver a *aquello*, esto es, al parlamentarismo. Es como lo que cuentan del que al leer el primer soneto ya dijo, —el otro es mejor—. Que es mejor un Machado, que cien centésimos de Machados, gobernando en asamblea, no cabe la menor duda. A lo menos para mí. Claro que hay que acabar con la dictadura, pero debemos proponer una cosa mejor. Y la hay. Veamos lo que están haciendo en China. No hacen un régimen pensando en lo que cura hoy, ni menos en lo que curó ayer, si no en lo que regirá mañana. Las Asambleas grandes, numerosas y representativas como en Rusia, deben elegir los comités y éstos los técnicos. El estado moderno —socialista naturalmente—con sus negocios, empresas y responsabilidades, debe parecerse más a una sociedad anónima con sus gerentes y técnicos, que a la *Patria invencible e inconsulta* (o como la llamaban) los *ciudadanos* de hace cincuenta años, criados con biberón de extracto de bandera y mantenidos con inyecciones de himno nacional. Este es el ideal que deberíamos oponer a los norteamericanos: ser más modernos que ellos. Y no es lo más moderno el empréstito, la máquina, y hasta la honradez política, que es todo lo que pueden darnos los yanquis. El dinero de los norteamericanos es una porquería—una nadaña—comparado con lo que vale América. Por ejemplo: si capitalizamos Honduras y Guatemala, es evidente que *valen* más que la *United Fruit Co.* y Mr. Wrigley, el de la *chicla*. Y no obstante Wrigley y los de las bananas se comerían si quisieran a Honduras y Guatemala como se comen estos siniestros frutos del trópico, o una ración de cinco centavos de *chewing-gum*. ¿Por qué? Porque saben lo que quieren!

Esto por lo que toca al dinero, en cuanto a la maquinaria, los útiles, barcos, fábricas, etc., todo esto cuenta hoy mucho, pero no es lo principal. México tenía los ferrocarriles—y los devolvió a los *amos*. Sí, a los *amos* de México, esto es, los capitalistas extranjeros, porque no tuvo lo otro, esto es, la paciencia por el ideal. Ya sé que en México todavía tienen el 51 por ciento de las acciones—pero cómo se ríen los *amos* de este fracaso de nacionalización. Hay que ver lo que se publica en los Estados Unidos sobre el particular.

Por fin, la honradez política! Claro que cuenta. Sirve para hacer las cosas más baratas. Pero supongamos que uno de estos dictadores hoy hace una carretera costando el 30 por ciento más de lo que costaría sin robatorio, qué im-

porta eso! Dentro de diez años—si se demora—la carretera costará el 30 por ciento más, con la natural depreciación del numerario. Sale a cuenta—el robatorio si se hace hoy!—Un día tengo que escribir sobre varios casos de corrupción política que han sido beneficiosos al Estado. No es sólo lo de las cuentas del Gran Capitán. Escipión el Africano, el que salvó a Roma, el de la batalla de Zama, murió en el destierro por no haber podido dar cuentas a un Senado puritano—quákero o metodista—de la cantidad de doce talentos. Algunos senadores hubieran preferido un Escipión sin los doce talentos: yo me pregunto si este Escipión hubiera ganado la batalla de Zama.

Miremos el mañana y no nos espantarán los norteamericanos. Por fortuna están políticamente como Dios los hizo—esto es, con una constitución del siglo XVIII... y así estarán por muchos, muchísimos años.—Quien se atreve a hablar de la necesidad de modificar la constitución en Norte América, no sólo va la cárcel sino que le ponen en el cuarto de los locos rematados.

Nosotros por fortuna no tenemos ningún fetiche constitucional, ni en España ni en América. Estudiemos bien—y hagamos una organización—hasta el nombre de constitución es anacrónico—un estado siglo xx. Nos engañamos tremendamente en nuestro mutuo valor. Podemos darles a los yanquis muchísimo bueno y ellos lo agradecerán. Todavía vamos a poder trabajar juntos!

José Pijoán

Tablero

= 1929 =

Nos informa una viajera costarricense, y amiga, de paso por Washington, D. C.:

Un día de estos visité la Unión Panamericana y vi el *Repertorio Americano* en el escritorio del Jefe del Departamento de la Revista. Hablamos de Ud.

Conflictos de la moral.—...*Caveant autem ab associationibus secertis, damnatis, seditiosis, suspectis.* O sea: guárdense de las Asociaciones secretas, condenadas, sediciosas, sospechosas. Esto se lo dice el Cardenal Primado a los buenos católicos, que, según parece, andan más descarriados cada día. Estos buenos, pero equivocados católicos se hacen rotarios, si son ellos, o del *Lyceum*, si son ellas, o de

las *Ligas de bondad* si son ellos y ellas. «Debajo de un aspecto comercial, recreativo, pedagógico, filantrópico, internacional, neutral», estas señoras y estos caballeros vienen dedicándose a practicar una moral suya, una moral laica, que puede parecerse a la moral de Jesucristo, pero no es la moral de Jesucristo interpretada por la Iglesia. Tal vez en ese parecido esté su mayor pecado.

Las gentes olvidan que no basta para constituir una Asociación someter el reglamento a las autoridades. El Estado, que también tiene su moral, interpretada en los Códigos, es demasiado tolerante con los que le dejan en paz. Se atiene a su ortodoxia y no se cuida de la ortodoxia de la Iglesia. Para él también hay Asociaciones *secertis, damnatis, seditiosis*, etc., pero nunca las nombra en latín, para evitar confusiones. De aquí que se pueda ser buen ciudadano y mal católico, o buen católico y mal ciudadano.

Los Estados católicos deberían, para tranquilidad de todos, armonizar su moral con la de la Iglesia y evitar que hubiese tantas especies de moral. Cuando todo se reglamenta no se ve la razón de no reglamentar una cosa tan importante para la vida sosegada del espíritu. Si los rotarios y las damas del *Lyceum* ven hoy su conciencia conturbada, la culpa no es tanto de ellos como de la diversidad de textos legales sobre la moral. Hay quien cree que para ser moral basta ir a misa y leer la buena prensa; y hay quien se cree muy moral porque paga puntualmente las contribuciones. Está clara la necesidad de llevar a la *Gaceta* un término medio.—*Heliófilo*.

(De *El Sol*, Madrid)

Tropicalismo.—El año pasado fué colocada en el aerodromo de Paris (Bouget) una lápida conmemorativa en honor de Lindbergh y de los aviadores franceses que perecieron en el Atlántico. La inscripción dice así: «En honor de los que lo intentaron y del que lo logró—Nungesser-Coli-Lindbergh—1927. New York, Paris».

Poco después se inauguró la unión de un ferrocarril español con uno francés, en los Pirineos, a lo cual asistieron el rey de España y el presidente de Francia. La lápida que se colocó ese día tiene esta leyenda: «Traspireniano Bedous-Canfranc. Inaugurado en presencia de S. M. Alfonso XIII, rey de España y de M. Gaston Doumergue, presidente de la República Francesa. XVIII julio MCMXXVIII».

También hace poco se conmemoró con una losa de mármol el segundo centenario del encuentro de Rousseau con la señora Warens, encuentro que tuvo gran trascendencia en la vida del filósofo ginebrino. Allí donde pasó este episodio se puso un monumento con esta inscripción: «En la mañana de Pascua Florida de 1728, Juan Jacobo Rousseau encontró aquí a madame Warens».

Al ver esas frases de tan elegante redacción y de tan elocuente sencillez, hacemos comparación con el lenguaje que aquí usamos tan lleno de adjetivos y de hipérbolos en casos semejantes. Compárese eso con las leyes de honores de nuestro congreso, con los carteles de invitación a funerales y con muchos panegíricos de plaza pública o de corporaciones. Más dicen aquellas lacónicas palabras que nuestros vocablos de literatura ampulosa.

Y lo peor es que quien sabe de exclamaciones encomiásticas demasiado hinchadas está dispuesto también al vituperio y al insulto desenfrenado. El órgano es el mismo pero a

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

manera de veleta, gira hacia la agresión o hacia la adulación. Se ha dicho que quien tiene alma de tirano tiene también alma de esclavo. Así también quien sabe batir el incensario de servil lisonja pasa pronto a manejar la infame saeta.

Convendría que en nuestras medallas, nuestras lápidas conmemorativas y aun en nuestros discursos nos apartásemos del mal gusto. El hombre equilibrado se conserva dentro de los límites de la estética así para la alabanza como para la censura. Triste espectáculo es ver cómo cualquier problema se trata con violentos vituperios y cuán poco elegante es esa literatura llena de epítetos que se usa para ensalzar a personas de muchos o de pocos méritos. En los edificios y monumentos públicos deberían ser consultadas las inscripciones con gentes sensatas y cultas. La patria, dijo alguno, se pierde por falta de estética.

(De *El Tiempo*. Bogotá).

Hoover y los jueces latinoamericanos.—

A medida que adelanta su gira por Sur América, el señor Hoover va mejorando notoriamente en el manejo de una literatura aceptable y aun placentera para estas nacionalidades. Cada discurso del ilustre viajero demuestra un adelanto en el propósito que creemos sincero de comprender los anhelos y los temores de los pueblos latinoamericanos, y en el deseo natural e inteligente de ganar la confianza de la opinión indoespañola.

El cable nos comunica textualmente un concepto, que equivale a una promesa, del señor Hoover, en relación con el respeto debido a las sentencias de los jueces de cada país. La mejor manera de evitar los conflictos, las rupturas, los desacuerdos enojosos y peligrosos entre dos naciones sobre asuntos concernientes a los intereses que los súbditos de la una tengan en el territorio de la otra, consiste en el sometimiento leal de los interesados a las sentencias de los tribunales del país donde trabajan. Desde que los jueces ofrezcan garantías de severidad, de ilustración y de pureza, los extranjeros no pueden recurrir, ni sus gobiernos acceder, a una tramitación internacional que pugna con la soberanía del estado donde se mueven sus capitales y que genera perturbación funesta.

Exactamente lo que ha dicho Mr. Hoover, es lo que opinan los países indolatinos. Rechazamos las intervenciones y las reclamaciones diplomáticas dirigidas a proteger intereses afectados, o que se suponen afectados. Si no la tenía, el nuevo presidente de los Estados Unidos tiene ya en su bagaje de estadista esta importante y utilísima noción acerca de las ideas de Hispanoamérica. El señor Hoover le prestaría a sus compatriotas, a los americanos que no tenemos el honor de serlo también, a la vida política y económica del continente, un grande y oportuno servicio, si les inculcara a sus súbditos el sabio concepto que él mismo acaba de proclamar en Río de Janeiro. El día en que la opinión de Hoover sea la de los empresarios yanquis que negocian en la América Latina, desaparecerán muchas causas de conflicto y de desconfianza que mantienen excitada y aprehensiva la conciencia popular indoespañola, en relación con la poderosa república del Norte.

Es probablemente más importante la difusión en los Estados Unidos que en Hispanoamérica, de las ideas del señor Hoover sobre el poder judicial.

(De *El Tiempo*. Bogotá).

De traje franciscano vistámonos, ahora...

De traje franciscano vistámonos, ahora que parece domingo la luz recién nacida, y el alma de sencillas parábolas se enflora y ojo de agua que reza la palabra dormida de las lluvias de mayo, vamos por el camino en flor d'una apacible callada perfección. Quién fuera escrupuloso monje benedictino para pintar sus días, en nueva colección de leyendas doradas, ingenuas, silenciosas, y mayúsculas nuevas a la sombra d'Aquel Jesús, único dueño de las perfectas rosas, de la fraterna sombra, de la escogida miel.

De traje franciscano vistámonos, y suelta la vida, que se alegre, como una cabellera de joven campesina. Llegamos a la vuelta d'Ovidio, bajo el dulce sol de primavera.

Tienen todas las cosas color recién pintado, que viéndolas, presente de nuevo floreció el rosal de los ojos en un tiempo pasado. Novedades antiguas te acuerdas de Watteau?

Tienen todas las cosas el color encantado tan de niños y monjes, conque pintó Lorrain. Mis mayúsculas nuevas del camino lavado, por esta luz de espejos, nunca envejecerán.

Oyes? Cantando prima los pájaros del día, están, por la rezada misa de los espejos y tú, sobre las ramas de éste árbol, vida mía, eres voz encantada que nos habla de lejos.

A. H. Pallais, Pbro.

Los hombres de la antorcha. — Vienen atestados de protestas los diarios y revistas de Sud América, y aun algunos de España y Francia, por los desafueros de toda clase de que ha sido víctima Haya de la Torre, durante su peregrinación a lo largo de Hispanoamérica. Se duelen, especialmente, de la ilegalidad e injusticia con que le trató el Gobierno de Panamá.

No hay razón para tanto enojo y protesta. ¿No es cosa antigua, resabida, que a todo hombre de larga visión, que anhela mejorar el mundo y trabaja esforzadamente por mejorarlo, le tratan así, con incompreensión, injusticia y aspereza?

El que se siente herido en su interés, en sus prejuicios, en sus privilegios, en su orgullo ¿no habrá de revolverse contra el que viene a desquiciar esos intereses, esos prejuicios, ese orgullo, esos privilegios?

Entonces, cuando se abren las ventanas de un cuarto cerrado de hace ya mucho tiempo, ¿se van a regocijar los murciélagos?

Y si penetra el sol en un rincón enmohecido y fétido, ¿han de saltar alborozadas las

sabandijas que ahí disfrutaban de paz y de contento?

Cuanto más intensa es la luz que aporta un hombre, mayor ha de ser el escándalo de los miopes. Cuanto más fuerte sea el aliento del huracán, más grande susto ha de ser el de la hojarasca y la chamiza. Y el hombre que trae la antorcha, ha de saberlo y nunca ha de olvidarlo, porque si lo olvida se acobarda y se pierde.

La gloria de alumbrar es muy grande, y vale que se compre a muy grande precio. Siempre fué así; siempre será así.

Cállense ya las mil plumas hispanoamericanas que viven protestando, en vez de organizarse. Manuel Ugarte, Sandino, Haya de la Torre, a eso han venido: a que les injurien, a que les menosprecien, a que les ultrajen. Con eso pagan ellos el privilegio de ser *Los hombres de la antorcha*.

Dentro de medio siglo, los hijos y los nietos de los ciegos que hoy les denigran, darán gracias a Manuel Ugarte, a Sandino, a Haya de la Torre, porque gracias a éstos, serán y vivirán más libres que sus tristes abuelos y que sus padres malaventurados.

Y aunque no les dieran gracias: El que lleva la Antorcha, de sobra está ya recompensado y glorificado con llevarla. El Sol le ha escogido para un mensaje o para una misión. ¿Quién otro sino el Sol sabría compensarle?

(De *Patria*. San Salvador).

Bibliografía titular

Los libros y folletos de la semana

Azorín ha tenido la bondad de mandarnos:

Old Spain. Comedia en tres actos y un prólogo. PRENSA MODERNA. Madrid.

Brandy, mucho Brandy. Sainete sentimental en tres actos. PRENSA MODERNA. Madrid.

Comedia del arte. En tres actos. PRENSA MODERNA. Madrid.

Lo invisible (Trilogía). Prólogo. La araña en el espejo. El segador. Doctor Drath, de 3 a 5 años. PRENSA MODERNA. Madrid.

Un libro de Miguel Angel Asturias:

La Arquitectura de la Vida Nueva. Editores: Goubau & Cia. Guatemala.

Dice Asturias en el Prefacio:

La Arquitectura de la Vida Nueva, marca el primer kilómetro en la carretera. Es una bandera de ideas. Muchas ajenas aunque mías por la pasión con que las expuse, por el fuego que las comuniqué encendido de labios y de corazón en su contacto. El que se apropia de lo ajeno para satisfacer a los suyos nunca me convenceréis que comete delito. Y eso hice: robar para los míos: hice mías las ideas ajenas para los míos. ¿Tenían hambre? No lo sé. Lo cierto es como si la hubieran tenido. Robé

LA SASTRERIA AMERICANA

J. PIEDRA & Hno.

CONFECIONA LOS MEJORES TRAJES

DE ETIQUETA - PARA DIARIO - PARA DEPORTES

Si Ud. quiere vestir sin mayor desembolso, le invitamos a obtener una ACCIÓN en nuestro CLUB en formación; le daremos informes

LADO OESTE FOTO HERNANDEZ

pan duro y no adornos. Pan duro de ideas y no adornos literarios inútiles.

Pienso que el título define lo que debiera ser este libro, no lo que es. Debiera ser... eso que el lector sabe y dice y yo sé y no puedo decir. Un libro de observaciones pacientes, trabajado, y no un libro de divulgación, inestable, producto de pocas horas: lo que puede hacer un hombre que después de varios años de ausencia vuelve a su país por corto tiempo, cuando luchan en su alma sentimientos, se rompen doradas esperanzas y por imperativo juvenil siente todavía la necesidad de gritar.

Los que buscan en sus páginas reglas precisas para construir la vida nueva, mejor si consultan un tratado de regímenes alimenticios. Este es un granero de ideas en el que reinaría más orden si en lugar mío hubiera pasado por él un gallinero.

Pero el desorden no pudre el grano y muchos sabrán aprovechar de sus páginas lo útil.

Ideas necesitamos en América donde nos pasamos el tiempo cablegrafiando versos a la luna. Estamos podridos de palabras.

Leí los trabajos que aquí recojo en la Universidad Popular, en el Instituto Nacional Central de Varones, en la Sociedad de Auxilios Mutuos y en el Sindicato de Empleados de Comercio, instituciones que en Guatemala trabajan por el mejoramiento social, atentas a lo que dice el siglo con voz urgente, y cada vez más. Ellas acogerán este libro con el entusiasmo afectuoso con que me escucharon. —M. A. A.—París, 1928.

La editorial *Espasa-Calpe* nos remite esta obra:

Conde de Keyserling: *Europa*. Análisis espectral de un continente. Traducida del alemán por José Pérez Bances. Primera edición. Espasa-Calpe, S. A. 1929.

Hay un epigrafe:

Somos todos pecadores y carecemos de la gloria que ante Dios debiéramos tener. — San Pablo.

Con estos dos libros nos ha obsequiado nuestro amigo Guillermo Jiménez, en México, D. F.

INDICE

Legenda aut acquirenda



Prevost: <i>Manon Lescaut</i>	¢ 1-25
Goethe: <i>Memorias de mi vida</i> . Poesía y verdad. En tres tomos rústica.....	4-00
Jane Austen: <i>Orgullo y prejuicio</i> . Novela. En dos tomos, rústica.....	2-50
Balzac: <i>Azucena en el valle</i> . Novela. En dos tomos, rústica.....	2-00
César: <i>Comentario de la guerra de las Galias</i>	1-25
Gómez Carrillo: <i>Ciudades de ensueño</i>	0-50
Balzac: <i>Papá Goriot</i> . Novela.....	1-50
Jane Austen: <i>La abadía de Northanger</i> . Novela.....	1-50
Conde de Keyserling: <i>Europa</i> . Análisis espectral de un continente, tela....	12-50
C. F. Hebbel: <i>Los Nibelungos</i> . En dos tomos, rústica.....	1-50
G. Flaubert: <i>La educación sentimental</i> . En dos tomos, rústica.....	2-75
Leonidas Andreiev: <i>El diario de Satán</i> . Novela.....	1-25
Leonidas Andreiev: <i>Sachka Yegulec</i> . Novela.....	1-50
Victor Hugo: <i>Nuestra Señora de París</i> . Novela. En dos tomos, rústica.....	3-00

Antonio Caso: *Problemas filosóficos*. Ediciones PORRUA. México 1915.

Dr. Manuel Flores: *Album de Viaje*. Hojas Sueltas. Italia. México. PORRUA HNOS. 1916.

Con estos títulos de reciente edición, se alarga y enriquece la ya interesante bibliografía costarricense:

Luis Felipe González: *Omar Dengo*. Estudio de su personalidad. Imp. Nacional. 1929 San José de Costa Rica.

Carlos Jinesta: *Omar Dengo*. San José Costa Rica, Enero de 1929. Imp. Alsina.

Ricardo Jiménez Núñez: *La Casa Humana*. Publicaciones de *Le Semeur*. Santiago de Puriscal, Costa Rica, 1928.

José Fabio Garnier *Con toda el alma...* Op. 14. Drama en un preludio, un interludio y un epílogo. Imp. Lines.

Hay un epigrafe:
No dites pas que votre verre est trop petit.

Carlos Luis Sáenz: *Navidades*. Dramatizaciones para Escuelas. 1929: Imp. Lines, A. Reyes. Suc. San José, C. R.

La lista:

Zánganos y obreras. Recuerdos de Navidad. Francia de Navidad. "Así fué". Cuento inocente. El frailecito duende.

Ricardo Rojas Vincenzi: *Crítica literaria*. San José, Costa Rica. Imprenta Borrásé Hnos. 1929.

Hay un prólogo de Gabriela Mistral; y contiene, entre otras cosas, algunas páginas, acerca del Sr. García Monge; por cierto que no hay cómo agradecerle al autor tan generosas páginas.

Alfredo Sáenz: *Contratos y Actuaciones de las Compañías del Ferrocarril de Costa Rica, la Northern Railway Co. y la United Fruit Co., en Costa Rica*. 1929. Imp. "La Tribuna". San José, Costa Rica.

Libro de consulta; de la mayor importancia para los que aquí estudian con ánimo vigilante el caso de Costa Rica.

Otro folleto de la mayor importancia:

Nacionalización de la Fuerza Eléctrica y creación del Servicio Nacional de Electricidad en Costa Rica. Editorial Gutenberg, San José, Costa Rica. 1929.

Envío de don Alfredo González Flores. Heredia, Costa Rica.

Crédito Hipotecario de Costa Rica: *Informe Semestral*. Al 31 de Diciembre de 1928. San José, Costa Rica.

Hay en la portada estos datos:
Institución Nacional fundada por Ley N.º 50 del 18 de enero de 1927.

Capital ¢ 1.000.000
Reserva 350.000

Otros libros y folletos con que sus autores nos han honrado al enviarnoslos:

Alfredo Colmo (s/c Pampa 3200. Bs. Aires): *La reforma del Código Civil*. Bs. Aires 1928.

Gonzalo E. de León: (s/c. Av. Isabel la Católica 40. Despacho 10. México, D. F.): *La Tierra Amada*. Poemas en prosa. México, D. F. 1928.

Agustín Rossi (s/c. 3 de Febrero 51. Rosario. Rep. Argentina): *Flores en el deseo*. Versos.

Carlos Bolívar Sevilla (Apartado 75. Ambato. Ecuador): *Don Quijote en la Gloria*. Cuento fantástico. Ambato. Ecuador. 1928.

Emilio Frugoni: *La lección de Méjico*. Montevideo, 1928.

Versión taquigráfica de las conferencias pronunciadas por el Dr. Frugoni en el Salón de Actos Públicos de la Universidad.

Prof. Bruno Lobo (s/c. Ruardo Rosario 168 (2.º) Río de Janeiro): *Japonezes*. No Papao. No Brasil. Imp. Nacional. Río de Janeiro. 1926.

José María Delgado. (s/c. 8 de Octubre 2693. Montevideo): *Por las tres Américas*. Crónicas de Viaje. 1928. Palacio del Libro. Montevideo.

Coriolano Alberini (s/c. Viamonte 430. Buenos Aires. Rep. Argentina): *La Filosofía y las Relaciones Internacionales*. Buenos Aires. 1927.

Décurso pronunciado en el Congreso Internacional de Filosofía de Boston, reunido durante el mes de setiembre de 1925 en la Universidad de Harvard (Cambridge, Mass. Estados Unidos).

Hemrique Rosende, Rosario Fusco, Ascanio

Estos sencillos cantares

Para arrullar a mi niño
voy cantándole al oído
estos sencillos cantares
hasta dejarle dormido:

Estrellita que una noche
del cielo se desprendió
y por un dulce milagro
hasta mis brazos llegó.

Maravilla la más grande
que los ojos han de ver,
un niño mejor que el mío
no puede en la tierra haber.

Copia el lago a la montaña,
copia la fuente a la flor,
mis pupilas sólo copian
a mi niño encantador.

Busca la abeja su almibar
en el nardo y en la rosa,
yo el albimar de la vida
en su boquita preciosa.

Tengo sobre mi regazo
una florecita en botón,
florecita de amor formada
que perfuma el corazón.

Los ojitos de mi niño
de la Cruz del Sur bajaron,

y para alegrarme el alma
en su carita alumbraron.

Una arañita dorada
me ha obsequiado su tejido
y con él le haré a mi niño
el más precioso vestido.

Después, iré recogiendo
los pétalos más bonitos
de los blancos lirios de agua
y le haré unos zapatitos.

Para que mi niño duerma
el sol su luz apagó,
y el zumbador viento loco
de repente enmudeció.

Los pajaritos del bosque
ya empiezan su serenata,
y la luna entre las nubes
es gondolita de plata.

Bajan del cielo los angeles
y traen violines de oro
y cuando mi niño duerme
vienen a cantarle en coro:

La noche envuelve la tierra
y se apaga todo ruido...
ya mi niño está en la cuna,
ya mi niño está dormido.

Claudia Lars

López: *Poemas cronológicos*. «Verde». 1928. Editora.

Donación de Rosario Fusco. Cataguaires. Minas. Brasil.

Angel Grisanti (Fruco a Balconcito N.º 77. Caracas, Venezuela): *Miranda y la Emperatriz Catalina la Grande*. Caracas. 1928.

Miranda en Rusia; sus relaciones con Catalina II y otros personajes de ese Imperio; con un Apéndice contentivo de documentos interesantísimos, en su mayoría inéditos, entre otros 4 cartas para la Emperatriz...

José Gálvez: *Programa analítico de lo dictado en 1928 en el curso de Historia de la Literatura Antigua*. (Bachillerato y Doctorado en letras). Universidad Nacional de San Marcos de Lima. Facultad de Letras. Lima. Perú.

Raúl Porras Barrenechea: Universidad de San Marcos de Lima. Facultad de Letras. Primer Año. *Programa de Literatura Castellana*. (Autores selectos). Curso semestral.

Enrique D. Tovar y R.: *Ernesto Sousa*. Lima. 1928.

Discurso leído en el Cementerio General de Lima, el 15 de Enero de 1928, ante la tumba del eminente repúblico don Ernesto Sousa, Ministro de Fomento y Diputado Nacional por Huailas.

Con este epigrafe:

La gloria para el héroe, no consiste en dar la muerte sino en desafiarla.—*Vauvernages*.

Enrique Dávila Jijón: *Saetas de Luz*. Quiro. 1928.

Esteban Roldán Oliarte: *Venezuela adentro*. (Treinta años de política). San José. Costa Rica. 1928.

Donación de nuestro amigo J. Gmo. Leguía.

El problema del indio en el Perú. Su civilización e incorporación a la nacionalidad. Por el Ingeniero Sr. Francisco Alayza Paz Soldan. Lima. 1928.

Medios: 1. Vías de comunicación e industrias. 2. La propiedad del suelo.—3 Servicio militar. 4. Educación en escuelas especiales.

Obsequio de ESPASA-CALPE, S. A.

Francisco de Pinedo: *Mi vuelo a través del Atlántico y de las dos Américas*. Buenos Aires. 1928.

Prefacio de Gabriel D'Annunzio. Cuarenta dibujos del autor. Ciento noventa fotograbados en ciento treinta láminas. Cinco mapas.

Obsequio de la Imprenta Altés. Barcelona:

Almanac de la Poesía. 1929.

Donación de don Oscar Zeller p. p. Lyon Hnos. & C.^a Suc. S. A.:

Anuario Internacional.—1928-1929 y El viajero en la Gran Bretaña. Londres, Inglaterra.

Libro internacional en el interés de las relaciones entre Inglaterra y las Repúblicas de la América Latina. Recatado por J. A. Hunter.

Otros folletos:

The Anglo-French Project for Limitation of Armament. British White Paper. Adress of

Viscount Grey of Fallodon. Debate in the House of Lords. INTERNATIONAL CONCILIATION. Nueva York January, 1929. N.º 246.

Límites entre Guatemala y Honduras. Documentos relacionados con la mediación del Departamento de Estado de los Estados Unidos, en 1918-1919. Publicaciones de la Comisión de Límites. Núms. 8 y 10 del tomo I. Guatemala. 1928.

El Estatuto Universitario y Las Universidades Menores. Manifiesto presentado por los estudiantes de la Universidad de Arequipa al Min. de Inst. Pública Pedro M. Oliveira. Arequipa. 1928.

La Escuela Normal de Maestros de la Rep. de Bolivia en el año 1929. Prospecto-Noticia, publicado por el Director de esta Escuela Víctor Cabrera Lozada. Sucre. Bolivia.

Francisco Legarra: *Teoría de la Enseñanza Secundaria*. Bs. Aires. 1910.

Donación de M. García. La Plata. República Argentina.

Donación de la Universidad Nacional de Tucumán, Rep. Argentina:

Salud y Civilización, por Afranio Peixoto, de la Universidad de Río Janeiro. Extensión Popular. Boletín Núm. 65.

La lluvia en Tucumán. Observaciones. Extensión Agrícola. Boletín Núm. 54.



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

El entremés del figonero que quiso cobrarse el humo

«Le faquin, qui a son pain mangé à la fumée de rot, civilment a payé le rôtisseur au son de son argent.—*Rebelais: Gargantua et Pantagruel*. Liv. III.

FAQUÍN.—Señor figonero, dejadme estar al calor de este hermoso fuego.

FIGONERO.—Pasa, pasa...

FAQUÍN.—Señor figonero, con el frío que hace y la nieve que cae, ¡qué bien se está junto al fuego!

FIGONERO.—Arrima, arrima...

FAQUÍN.—Señor figonero, vuestro figón es amable, y son nobles las gentes que a él acuden. Que Dios os ayude, señor figonero.

FIGONERO.—¡Gracias a Dios, es bastante el trabajo!

FAQUÍN.—Y a buen seguro ha de ser, señor figonero, harta la ganancia. Que yo aquí veo gente muy de pro, cuyas bolsas deben de estar repletas.

FIGONERO.—Gracias a Dios, mi parroquia es buena.

FAQUÍN.—Y debéis de tasar muy por lo alto, señor figonero, estos sabrosos pollos, estos lechones crasos, estas jugosas tripas.

FIGONERO.—No poco me cuestan: que todo se paga.

FAQUÍN.—Hacéis bien, hacéis bien, todo ha de cobrarse. Yo en mi modesto oficio de faquín, a quien puedo le saco en vez de uno mil.

FIGONERO.—Eres un bribón.

FAQUÍN.—Dios me libre de ello, señor figonero. Soy pobre pero honrado, y mi pan me lo gano con harto trabajo... mas no sólo de pan se vive, y cuando puedo ganar para pollo, ¡vaya si lo hago! Pues todo ha de cobrarse, y si se cobra mil como decía, mejor es que cobrar uno. Y siempre ha de cobrarse, que todo es trabajo... aún el cobrar, en estos cochinos tiempos.

FIGONERO.—¡Conque aún el cobrar! Eres un tuno...

FAQUÍN.—Si tal os parece no hay inconveniente. Yo soy lo que gustéis, con tal de calentarme junto a este fuego brillante en este figón amable, mientras el frío arrecia afuera en la abierta calle y sopla el viento castigando las orejas y narices de los pobres sin techado. Si fuera gentilhomme, señor figonero, o sólo mercader, si que os daría harto de ganar. Mi bolsa repleta aquí dejaría a cambio de estos vinos que en las panzudas botellas vuestra bodega guarda, a cambio de estas carnes que al fuego se asan, y de estos quesos cuyo olor se mezcla sabrosamente con el de la caliente grasa. ¡Ved cómo ella se derrite a la llama, cual sudor aromático de este pollo brillante! y ¡cómo al gotear sobre la brasa se alza vivaz la llama, más lucente, nutrida de la grasa chorreante! Así este pollo generoso alimenta con su líquida gordura el resplandor del fuego, aunque el fuego lo dore para ser comido por las voraces bocas—con perdón sea dicho—de los nobles señores de vuestra parroquia. No de otro modo la fragante rosa generosa perfuma a quien la arranca del rosal lozano para que se marchite en jarrón pintado, e impregna de su olor delicado los sentidos. Pero en esta coyuntura, señor figonero, a todo jardín prefiero este figón, y a todo rosal estos bellos trozos comestibles. ¡Maldita sea mi pobreza!

FIGONERO.—No maldigas, no blasfemes, que los pobres están para que haya ricos; así tenemos días de sol, y también hay nublado; que a no ser como son las cosas no habría variedad en la naturaleza; así hay jorobados y hay buenos mozos; y junto a la rosa que mencionabas está la espina que dolorosamente te hiere; así se habla en el libro sagrado, a lo que cuenta el señor Joseph, el teólogo que suele venir por acá a beber, de las siete vacas gordas y de las siete vacas flacas del Faraón—que no por ser del Faraón habían de ser todas gordas; de los años de abundancia y de los de escasez, que no por ser años bíblicos habían de ser siempre abundantes; así están esos señores, a quienes sirvo, orondos en torno de aquella mesa, y estás tú, pobrete, por piedad junto al fuego, y de nada me sirves. Es todo según debe ser y no hay que chistar, ni lanzar maldiciones. El maldecir de los pobres es como el escupir al aire; que se moja uno con los propios escupitajos. Hay que tener ancha escupidera para andar escupien-

do. Cuando no se la tiene, hay que contenerse y en un rincón a ocultas, cumplir su vil deseo. Date por advertido, y no maldigas aquí, pues donde hay nobles señores, de amontonados doblones, suena a insulto la maldición del pobre, y más fácil es entonces excitar el desprecio y el repudio que la piedad benévola. No lastimes los oídos aturdidos del alegre chocar de los jarros, con tus voces iracundas. Podrías, con tu aire sombrío y tu traza desgarrada, dar que temer a mis respetables parroquianos; debería yo expulsarte como a un perro sarnoso, cuando no lo hicieran ellos con sañuda furia, estorbados en su yantar jocundo: ¿no sabes que hasta las bestias más mansas se vuelven feroces si cuando están comiendo las molestan? Por un hueso pelado dos domésticos perros se muerden con fiereza. No vengas a estorbar el festín de las fieras. Tú eres entre los hombres cual un perro, y aquellos mis generosos señores son como leones: los reyes entre los hombres ¿Serías osado a interrumpirlos en su devorar?

FAQUÍN.—Señor figonero, si yo soy perro, si ellos son leones, vos entonces, ¿qué sois entre nosotros?

FIGONERO.—Ni perro ni león, insolente faquín. ¡Ni perro ni león! Yo soy figonero y a mucha honra.

FAQUÍN.—¿Queréis decirme, señor figonero, en qué lugar cabe vuestra jerarquía entre la división de los animales?

FIGONERO.—No cabe en lugar alguno, insolente faquín. Perros y leones hay entre los hombres como entre las bestias. Pero figoneros—ni perros ni leones—sólo se encuentran entre los hombres.

FAQUÍN.—¡Desdichados los hombres! ¡Felices los perros y leones que no conocen a los figoneros!

FIGONERO.—Tu ingratitud me irrita, mas tu ignorancia me apiada. Donde comen los leones no comen los perros. Y entre los hombres, gracias a mí, tú tienes buen fuego, no obstante ser perro.

FAQUÍN.—Vuestras palabras encienden mi sangre hartó más que el fuego que acabáis de brindarme.

FIGONERO.—Sabe que es la profesión de figonero una profesión honorable: es oficio que sólo entre los humanos existe: por eso es digno de especial respeto. Figoneros no los hay entre las bestias. Y no te desdeñes tú de los figoneros que con frecuencia por su larga merced te calientas en invierno.

FAQUÍN.—Repito que vuestras palabras queman más que el fuego. A no tener yo mi mujer enferma, que me hacen falta para ella estas dos piezas de plata, ya os enseñaría yo, aunque soy perro, cómo las gasto igual que los nobles señores que reputáis por leones. ¡Leones serán, si queréis, pero la parte del león vos sólo embolsáis, señor figonero! Ergo—concluyo—percibís lo que no os corresponde.

FIGONERO.—¡Calle esa boca atrevida! ¡Dos piezas de plata tiene! ¡Dos piezas de plata y dice que es un pobre! ¡Dos piezas de plata y llora por fuego! ¡Avariento, quejumbroso y farsante! ¡A mí ha de engañarme! ¡Y a mi fuego de balde se calienta! ¡Y ese trozo de pan que a mí no me ha comprado, ese pan que acaba de sacar de ese saco, en el cual quién sabe cuantas otras viandas trae, acaso con intento de cocerlas a mi fuego, ese pan que ahora ahuma con el humo oloroso de mis gordos lechones y que moja en la grasa que mis pollos chorean, quitando así a mi fuego su líquido alimento, ese pan se lo come, y me mira insolente, y se burla de mí esperando largarse después de haber afrentado mi digna profesión, después de haber osado insultar a mi parroquia, después de maldecir, de blasfemar y de mentir contra todo mandamiento! ¡Ea, tunante, sal de junto al fuego! ¡Ea, bribón, que me has irritado, que me has ofendido y me has engañado! ¡Págame el calor que de mi fuego has tomado, págame el humo en que tu pan has ahumado!

FAQUÍN.—¡Figonero, figonero, os habéis vuelto loco!

FIGONERO.—¡Palideces, tunante! ¡Te pones tan blanco! ¡Querías engañarme! ¡A ver si me pagas!

FAQUÍN.—¿Qué es lo que he de pagaros, si nada os he gastado?

FIGONERO.—Con mi fuego te has calentado, con mi

humo tu pan has ahumado; con mi fuego que hartó me cuesta, con mi humo que es de mis pollos y lechones que caro he pagado. ¡A ver si me pagas!

FAQUÍN.—Figonero, figonero, no estáis en vuestro juicio. Mirad que los parroquianos atienden. Mirad que todos acuden. ¡Dejáos de gritar! Creerán, por ventura, que os quiero robar. ¡Ay de mí, todos vienen! ¡Estoy perdido! Cuando un figonero clama, todos creen que le matan, porque siempre los figoneros merecen que los maten.

FIGONERO.—¡Ladrón, asesino! ¿No oís, nobles señores, lo que está diciendo? ¡Que merezco morir! ¡Ha querido asesinarme!

FAQUÍN.—¡Figonero! ¡Señores míos! ¡Yo no he dicho nada de eso!

FIGONERO.—¿No le habéis oído? Ha querido robarme.

FAQUÍN.—¿Qué os he querido robar, figonero del demonio?

FIGONERO.—¡Figonero del demonio! ¡Del demonio ha dicho! ¿No habéis oído? Este misero faquín a todos ha ofendido. Mis generosos señores, ¿cómo había yo de merecer serviros si fuera un figonero del demonio? No lo consentiríais. Os ha ofendido por ende, este faquín. ¡Del demonio ha dicho! Señor consejero, os ha ofendido muy particularmente. ¿Cómo estaríais vos en la casa de este humilde criado de vuestra señoría, si fuera éste el infernal figón de un figonero del demonio? ¿Decidme, señor consejero, beberíais por ventura aquí como bebéis el católico vino borgoñón, comeríais aquí cual coméis los cristianos trozos del gordo lechón? Vuestro respeto, señor consejero, no puede consentir que así se ofenda a vuestro criado: que en mí se ofende a todo el estado de la sociedad, señor consejero. En vuestro criado, señores, a todos vosotros por junto se injuria. Porque siempre en los criados se pretende señalar la vileza de los amos. Yo soy vuestro criado y me achaca vileza este misero faquín. Yo dependo de vosotros, yo soy vuestro reflejo, luzco con vuestra calidad como luce la luna con la luz prestada del sol. Si me achacan infamia a mí que soy el reflejo, es en verdad a vosotros los que sobre mí irradiáis como un foco de luz irradia sobre un oscuro punto iluminándolo, es a vuestra nobleza a quien por consecuencia se endereza el insulto. ¡Castigad al malandrín! ¡Obligadle a que me pague!

FAQUÍN.—¡Pero qué os he gastado, mi buen figonero!

FIGONERO.—¡Mi buen figonero! ¿Oís lo que ha dicho? ¡Mi buen figonero! Así quiere engañarme. Es claro como la luz celeste. Ha tomado calor de mi fuego; calor para su ropa andrajosa, calor para su piel negruzca, calor para sus huesos viles. Con el humo oloroso de mis comestibles su pan ha ahumado. ¡Y tiene dos piezas de plata! ¡Por Dios, que me pague!

SEÑOR JUAN.—Tate, tate, el chillón figonero. Contesta a lo que voy a preguntarte. A no haber ahumado su pan el faquín, ¿en qué hubieras empleado el humo de tu figón?

FIGONERO.—¡En nada lo hubiera empleado!

SEÑOR JUAN.—¿No se hubiera perdido en el aire?

FIGONERO.—En el aire se hubiera perdido.

SEÑOR JUAN.—¿No te hubiera eso costado lo mismo que te ha costado que el faquín ahume su pan escaso?

FIGONERO.—Es cierto; pero el humo es mío y no del faquín. Mi egregio señor, yo tengo unas calzas de preciosa estofa, que hace veinte años guarda en el cofre mi digna mujer, y no uso esas calzas, ni pienso usarlas, porque no corresponde ello a mi baja condición; las dejó un caballero, que tenía varias iguales, en pago de una noche de alojamiento, habiendo perdido al juego todo el dinero que consigo traía. ¿Queréis que esas calzas, porque yo no las uso ni las usaré, las ofrezca al faquín? O mejor ¿queréis que el faquín las coja y se las ponga, alegando la razón de que yo nada pierdo si nunca las uso?

SEÑOR JUAN.—Tales calzas no son para el faquín.

FIGONERO.—Es que mi humo no es para faquines

SEÑOR JUAN.—Peregrina razón es la que aduces.

FIGONERO.—Es peregrina razón. Pero vale la vuestra, mi egregio señor. Las calzas no uso ni el humo apro-

vecho, pero las calzas son mías por aquel alojamiento y el humo es mío por estos mis lechones y pollos y tripas que al fuego se asan. Insisto en mi demanda: que el bribón del faquín me pague mi humo; tiene dos piezas de plata, que me pague con ellas; para que se vea si soy generoso, me contento con una; pero todo comerció es naturalmente recíproco.

SEÑOR JUAN.—Pero, escucha figonero, todo linaje de comercio es entre objetos que se equivalen en el valor y la utilidad.

FIGONERO.—¿Me diréis, señor, que no está mi humo compuesto de los vapores sabrosos de mis comidas? ¿Por qué entonces ahumaba su pan el glotón del faquín?

SEÑOR JUAN.—Figonero ¿es que alguien te obliga a pagar el buen calor del sol? ¿es que la luz del día pagas? ¿Pudiera acaso venderse lo que es de propiedad de la naturaleza? ¿No es de la naturaleza el fuego? ¿Y no es fuego el propio sol? Y si el fuego y el sol son de idéntica índole, como la luz del sol y como su calor es el humo que el fuego produce, y no debe por tanto este humo cobrarse, como no se cobra la luz ni se cobra el calor solar.

FIGONERO.—¿Es que aso yo mis lechones al fuego del sol? ¿Es que caliento mi figón con el calor de los astros? Mi leña me cuesta. Mi leña que da la llama que calienta este figón. Y mi humo no es el humo de un fuego cualquiera: es humo, vive Dios; compuesto de vapores de comidas en cocción. Y mis comidas ¡vaya si me cuestan! Denme de balde la leña y no me cobren los lechones, ni los pollos me vendan, sino me los regalen; aún entonces yo os cobraré. Pues estas calzas ordinarias y estos zapatos ferrados no me los ofrecen sin más; puedo usarlos a trueque de varias piezas de plata. Y aún regateando mucho nadie abarata su precio por mi bonita cara. ¡Que el faquín me pague mi humo!

FAQUÍN.—Egregios señores, haceos cargo de mi condición. Es mucha mi pobreza, no podría pintarla; me faltan palabras que repitan los colores sombríos de mi vida. Adivinadla vosotros. Que yo, mejor me entiendo en cargar las maletas que no en discurrir, así sea de mí mismo. No puedo pagarle a este figonero. Ni he querido afrentarle. En cuanto a vosotros, no he pensado en ofenderos, bajo juramento lo digo. Tengo dos piezas de plata, es la verdad; un generoso caballero me las dió por mi trabajo que ciertamente valía menos. Pero era un caballero, era lo que sois vosotros, mis gentiles señores; no era figonero.

FIGONERO.—¡Págame faquín o te las habrás con mis criados!

FAQUÍN.—¡Hacéos cargo señores!

FIGONERO.—Haceos cargo, pero sed justos. ¿Pido lo que es mío o no? Y si es mío constituye mi propiedad. y en siendo mi propiedad la justicia me ampara si yo de ello cuido, y pues lo cuido me cobro. ¡Págame mi humo!

SEÑOR JUAN.—Veamos, faquín, no te desesperes; trae acá una pieza de plata.

FAQUÍN.—¡Señor, considerad mi pobreza! ¿Os burláis de mí, señor? ¡No lo hagáis, sed generoso! ¿Por qué guiñáis el ojo a esos otros señores? ¿Os conjuráis todos ahora para infligirme padecimiento! ¿No creéis lo que os he dicho? ¿Prestáis más crédito al figonero? ¡Miserio de mí! ¡Claro está, qué crédito habría de merecer quien ni el humo puede pagar!

CONSEJERO.—Faquín no te desmandes en tu estulto lenguaje. Ni repares en los guiños que el Señor Juan nos hace. Advierte que es de nosotros el más sabio y ecuánime: él te hará justicia. Te ordeno que le entregues una pieza de plata.

SEÑOR JUAN.—Trae acá la pieza de plata. ¡Cómo se ensombrece tu cara, paupérrimo faquín! ¿No te da, figonero, compasión verle sufrir? Estas dos monedas de plata son toda su riqueza. Tenle piedad, figonero.

FIGONERO.—¡Pague el faquín mi humo!

SEÑOR JUAN.—¿Con esta pieza de plata?

FIGONERO.—¡Con esa pieza de plata!

SEÑOR JUAN.—¡Cómo se ilumina satisfecho tu semblante! ¿Es que tan poco has añascado que codicias

hasta lo del faquín? ¿Es que Dios no te ha aumentado? ¿Cómo quieres que ese pago califique yo en mi juicio?

FIGONERO.—Según se hacen los pagos, civilmente, en la forma de trueque de objetos que se equivalen.

FAQUÍN.—¡Señor, no lo hagáis! ¡Es una burla cruel!

SEÑOR JUAN.—Veamos. ¿Con esta moneda ha de ser?

FIGONERO.—Os he dicho que me avengo a ello.

SEÑOR JUAN.—Es una moneda brillante. ¿Te place verla brillar? Contempla su brillo. ¡Cuán puros reflejos lanza esta moneda de plata! ¡Acerquémola al fuego, hagamos como el faquín hacía cuando su pan ahumaba. ¿Contemplas, figonero, con detenimiento la moneda?

FIGONERO.—La contemplo, sí, señor; no se me alcanza, con todo, por qué queréis que la contemple tanto.

SEÑOR JUAN.—¿Ves con claridad, figonero, cómo los reflejos que lanza el labrado disco de plata, se doran junto al fuego y parece eso resplandor de oro, que no de metal más bajo? ¡Sí que te agradaría que en vez de ser plata fuera oro como lo fingen estos reflejos! Descansa, figonero, se han fatigado tus ojos.

FIGONERO.—No os comprendo, señor Juan: estáis misterioso hoy. Este juicio de la moneda os vuelve demasiado oscuro.

SEÑOR JUAN.—Es el juicio del humo, figonero. Sin embargo, hay claridad, hay fuego brillante cerca y echa vivos reflejos este disco de plata. ¿Tu codicia es mucha? No dejes de contemplarla, que a no ser así no te prometo que según cumple te cobres en esta pieza de plata. Y tú, faquín, ¿padeces mucho?

FAQUÍN.—Señor, estoy sobre ascuas.

SEÑOR JUAN.—No es sobre ascuas, sino sobre humo donde te has colocado.

CONSEJERO.—Señor Juan, me recordáis los oráculos que antiguamente hablaban con misteriosas palabras y con gestos enigmáticos. Vos, por lo regular tan claro, tan sobrio y tan bondadoso, os mostráis ahora oscuro, profuso en las advertencias y cruel en las dilaciones.

SEÑOR JUAN.—¡Quién te mandó, faquín, arriesgar tus piezas de plata por los vapores del humo! ¡Ciega condición humana! ¡Torpeza de faquines, provecho de figoneros! Veamos, figonero, pon ahora el oído atento: lanzo la moneda al aire y al duro suelo cae; ¿la has oído sonar? Es de buen sonido, sin duda. Volvamos a lanzarla al aire y que otra vez caiga por el duro suelo, y suene: ¿la has oído sonar? ¿Qué me dices a ello? Es de buen sonido, sin duda. ¿Certificas, figonero, que es la pieza de buen sonido cuando choca en el duro suelo?

FIGONERO.—Sí, señor, certifico, pero no alcanzo a comprender...

SEÑOR JUAN.—¿Has oído con claridad el sonido de la moneda?

FIGONERO.—Lo he oído, sí señor.

SEÑOR.—Bueno, obraré con largueza: ¡la oirás sonar nuevamente. Vaya la buena moneda lanzada por el aire, caiga en el duro suelo y suene: ¿la has oído sonar? La justicia está cumplida. Te has cobrado, figonero. ¿No se han de hacer los pagos civilmente en forma que se equivalgan los objetos en el valor y en la utilidad? El pago está hecho: has visto brillar la moneda, y la has oído sonar; era bueno su sonido y su brillo era mejor, que hasta de oro parecía. ¿No se equivalen acaso ese sonido y ese brillo gozados por ti largamente, con el humo que el faquín a tu comida ha robado? Digo que el juicio es cierto, y al señor consejero pido confirmación.

CONSEJERO.—Confirmado está.

SEÑOR JUAN.—Retírate, figonero. Y tú, faquín, ten aquí tu moneda de plata: hartos has penado, misera criatura; pero aprende de esto lo que se debe aprender: que a menudo por vano humo del que con liviano ánimo pretendemos gozar, corren serio peligro las sólidas piezas de plata que con pesado trabajo hemos juntado en los años. Las tales piezas de plata no son siempre piezas de plata, a veces son hartos más, más que oro y que diamantes, y suele ser el humo por el que vanos nos perdemos aún más vano y vil que este humo del figonero.

(De la obra *La Verdadera Historia del Gato con Botas*. Buenos Aires.)

JULIO FINGERIT